



La casa de 1908

GIULIA ALBERICO

Traducción de César Palma



Los objetos que nos rodean pueden parecer en ocasiones el emblema de lo que pasa, de lo que se reduce a polvo, pero lo cierto es que muchas veces llegaron antes que nosotros y nos sobrevivirán. La casa de este bello relato nos habla en primera persona de las generaciones que acogió y nos cuenta su historia y la de los personajes según lo que ocurre en sus estancias. Preocupada por su futuro, y sin poder intervenir directamente sobre las decisiones acerca de su destino, es testigo de las vicisitudes de sus dueños, sobre las que extiende una mirada no exenta de ternura.

Giulia Alberico

La casa de 1908



Título original: *La casa del 1908*
Giulia Alberico, 1999
Traducción: César Palma, 2018

Revisión: 1.0
01/08/2019

Me construyeron en 1908 y, mejor o peor, aparento mi edad, pero con mucha dignidad. Fui concebida unos años antes de que empezaran las obras. Eso fue al otro lado del mar.

Don Leandro albergaba el deseo de regresar a Italia desde hacía tiempo, y cada año era mayor su nostalgia de este mar que había dejado cuando todavía llevaba pantalones cortos. Recordaba muchas más cosas de las que su padre y su madre se imaginaban.

Este mar era pequeño, las olas se estrellaban contra rocas muy negras y también su olor era otro. Le parecía más áspero y además se mezclaba con el de la brea y la madera de los calafateadores que tenían sus almacenes en la misma playa. Y no había arena. Sólo piedras. Hacía un poco de daño pisarlas de camino hacia el agua.

Allá, en cambio, la playa era inmensa y blanda, la arena invitaba a carreras y volteretas. No había calafateadores.

Las embarcaciones llegaban de grandes tinglados ubicados lejos del agua. Pero éste era un pueblo y aquélla era una ciudad.

Recordaba ciertas moreras y el sabor de las moras, ciertos higos duros y violáceos que se llamaban higos turcos. Recordaba todo eso y muchas cosas más.

Los negocios marchaban bien, no había motivo para hacer caso a una especie de nostalgia que sugería una partida y un viaje. Nunca hablaba de esa idea, pese a que la iba fraguando en su fuero interno.

Quizá lo hacía para no detectar una sombra de pesar en los ojos de Teresa. Ella había nacido allí, en Argentina, y en su vida no cabía la menor nostalgia de otros mares.

Los recuerdos de Teresa, los olores de su tiempo pasado eran tan intensos como los de Leandro, pero les faltaba algo que se parecía a un dolor.

Leandro contaba que me había concebido casi como un juego. Decía que de vez en cuando me imaginaba y que poco a poco terminé convirtiéndome en una serie de cálculos y esbozos y dibujos. Yo era un tema de conversación entre Leandro y Paulino Manau a ciertas horas de la noche, en el gran patio de la casa argentina.

Teresa empezó a sospechar algo, menos por las frecuentes visitas de Paulino que porque encontraba virutas de lápices afilados, hojas de cuaderno hechas una bola con notas incomprensibles y números. Los veía a los dos inclinados sobre grandes hojas que luego Paulino enrollaba y se llevaba.

Una mañana, en cuanto bajó a la tienda le preguntó a Leandro:

—¿De qué habláis Paulino y tú? ¿Tenéis un secreto?

En ese momento Leandro no quiso darle una respuesta clara y sensata, pero por la noche, en la cama, le habló a Teresa de la ilusión que yo le hacía, de regresar al otro mar. Se lo contó a la defensiva, dando casi a entender que él mismo juzgaba que aquella idea era casi una locura.

Teresa no respondió.

Supo, desde aquella noche, que dejarían Argentina. Comprendió también que habría podido oponerse de muchas maneras y todas válidas, pero no quiso hacerlo. Lo amaba y tuvo la certeza de que con los años Leandro se afianzaría en aquella idea y ya no la abandonaría jamás.

Prefirió sobrellevar ella la nostalgia. La aceptaba como el nacimiento de una obsesión para Leandro y de un remordimiento para ella.

Tengo el aspecto sólido de las casas de principios de siglo, un portal robusto, una hilera de ventanas en la primera planta y tres balcones en la segunda. La escalera es de piedra. Un lado de las habitaciones da al mar y otro da al jardín.

Ahora que durante largos meses permanezco cerrada, mi olor más fuerte, el que me distingue, es el olor a humedad: a lo que huelen la madera, las paredes, los sótanos.

Cuando en mi interior se vivía con asiduidad tenía muchos olores distintos, que cambiaban con las estaciones.

En pleno invierno el mar crecido parecía que entraba en las habitaciones, y no sólo con el ruido de la resaca o de las olas que, altísimas, azotaban las rocas,

sino con su aroma amargo a sal y a algas.

Y estaba además el del carbón en los braseros y el de los leños que ardían en la chimenea. Olor a fuego y a agua.

Cuando llegaba la primavera se imponían los olores de la tierra; llegaban de los grandes canastos repletos de tomates y melocotones, de la albahaca y los pimientos asados, de las mermeladas de uva y de guindas.

En las plantas altas, olor a sábanas de lino, recién lavadas, leves esencias de cedrón y de muguete, olor a habitaciones en penumbra, a cera de abeja, a muebles lustrados.

Con Anna Maria y Marcella entraron en mi interior los olores de las cremas solares y de los aceites de baño, de algunas colonias especiadas.

La tienda, tanto en invierno como en verano, ha olido a cuerda y a papel de envolver, a betún para los zapatos y a tinta.

Durante la última guerra he olido a jabón casero, a café de cebada y a mantas militares.

Esto es un pueblo. Grande, pero no deja de ser un pueblo. Da al mar y está rodeado de campos fértiles, repletos de olivares y viñedos. La tierra parece bendecida por el cielo porque produce en abundancia, y entre la tierra y el mar la gente siempre ha tenido de qué vivir y nunca ha padecido miseria.

Es un pueblo antiguo que ha estado sometido a muchos amos. En el habla quedan huellas de todos los pueblos que han dominado este lugar o que al menos han comerciado con él: griegos, árabes, franceses, españoles...

He sido la casa más hermosa del pueblo durante muchos años.

Quizá es por eso por lo que no me resigno a que me vendan. Pero no puede ser sólo por eso: quien me compre ya tendrá pensadas las reformas y acabaré recuperando el esplendor de antaño.

¿Cuál es el problema, entonces? Lo cierto es que no soporto la idea de que me habiten extraños.

Soy el fruto del sueño de Leandro y de los esbozos y los cálculos de Paulino Manau, ocasioné la melancolía de Teresa, aunque después me quiso, he conocido a sus hijos, y a los hijos de sus hijos, y acabar ahora en manos de desconocidos me resulta intolerable.

Quienes me concibieron y crearon y después me habitaron ya han muerto y tampoco queda ninguno de sus hijos.

Por todo lo que he visto y oído, sé que pasará lo que tenga que pasar. Qué remedio. Si la necesidad quiere que me vendan, así será.

Pero intentaré, hasta donde una casa sea capaz de hacer algo —sin palabras, sin gestos, sin rostro—, intentaré seguir siendo de su propiedad.

Veré qué pasa. Ayer llegó Marcella.

Desde hace muchos años ella es quien me habita durante más tiempo. Llega entre finales de junio y principios de julio y se marcha cuando los días son decididamente más cortos. Vuelve algunos fines de semana de otoño y luego en Navidad.

Tenía dieciocho años cuando me conoció y enseguida le gusté, pese a que había algo en mí que la inquietaba.

Un aspecto cerrado, abandonado. Las bombillas demasiado tenues, cierto toque espartano en la decoración.

Ni la menor concesión al color, al detalle que fuese sólo agradable a la vista. Ni un cuadro o un grabado en las paredes. Tampoco una flor en los floreros que, sin embargo, se llenaban de polvo en el salón, sobre las mesillas y la cómoda, ni una planta.

La conquistó el jardín, y eso que ya estaba muy lejos de merecer ese nombre.

En los planes de Leandro y de Paulino Manau tendría que haber recordado el patio de la casa argentina y reducido la nostalgia de Teresa. Y así fue proyectado y mantenido.

Pero con la muerte de Teresa, y la de Leandro muchos años más tarde, sobre todo con la guerra, nadie volvió a pensar en cuidarlo conforme al plan de consuelo para el que había sido concebido.

La transformación en huerto se intensificó entre 1940 y 1944. Aurelia confirmó su convicción de que era una persona práctica, casi se convenció de que había previsto la época de necesidad, cuando a la tierra se le demandarían patatas y verduras en vez de hortensias y lilas.

Lo útil se impuso a lo inútil y si alguien mencionaba la belleza de los setos con flores que encantaban a Teresa, Aurelia rebatía con un tajante: «Pero ¿es que no son hermosos estos cogollos de lechuga? ¡Y mirad estas berzas, si parecen flores!».

Acabó convertido a medias en huerto y a medias en un espacio silvestre.

Hoy hay tres higueras, nacidas por azar, setos de áster y de cañas a lo largo de las vallas, un cerezo, algún pitosporo, y lo demás es un prado, bastante descuidado.

Aun así, es agradable asomarse a la ventana de la cocina y aspirar el suave aroma de aquel espacio verde en el que en ciertas horas del día se junta una colonia de palomas y en ciertas noches chillan enloquecidas las golondrinas.

Cuando llega Marcella ya sé qué pasos dará.

Abre todas mis ventanas, repasa los daños que dejan cada invierno y cada primavera: un lavabo que pierde, una mancha de humedad en las paredes o en los techos, un picaporte que no gira bien porque se ha oxidado, una persiana que no cierra porque la madera se ha hinchado.

Mario, el fontanero, y Pasquale, el albañil, son las primeras personas a las que Marcella llama para combatir los signos de mi vejez.

Es así desde hace años, desde que es la única que se ocupa de mí.

En primavera, cuando viene en Semana Santa, o, durante más tiempo, en junio, al otro que busca enseguida es a Giovanni, el hombre que se ocupa del jardín.

Durante dos o tres días recorta el césped, arranca los hierbajos, poda los pitosporos y da una forma más ordenada a los setos de áster y de cañas.

Después, mientras paladea el vino blanco frío que Marcella le ofrece en la cocina, le brinda, desde hace años, las mismas palabras y los mismos recuerdos.

Desde niño acompañaba a su padre en idéntica faena y siempre acaba diciendo: «Qué bonito estaba esto, señora, en la época de don Leandro. No es que usted no lo cuide, no digo que no, pero no vive aquí todo el año, qué quiere que le diga, la tierra y las plantas necesitan mimos. Pero la verdad es que ya hace usted mucho por este sitio».

Marcella le tiene cariño a este lugar porque aquí, lo dice siempre, redescubre la lentitud y los sonidos.

A las pocas horas de su llegada sus movimientos se hacen más parsimoniosos y dejan de estar dirigidos o controlados por la sensatez.

Y entonces puede estar largo rato simplemente asomada a la ventana, fumando un cigarrillo y mirando a los gatos sin dueño que se persiguen por el jardín, entre la hierba.

O bien tiende ropa en el balcón y se demora colocando las prendas mojadas en los cordeles con tanto cuidado que casi no requerirán planchado. O bien por la mañana, amodorrada, remueve el azúcar en la taza de café durante más tiempo del preciso porque le gusta oír el tintineo que hace la cucharilla al chocar contra la porcelana.

En verano, después de la cena, le gusta estar en el balcón grande.

Desde allí se ve la playa y la multitud de paseantes. Oye, arrastrados por el viento, los sones de una orquestina que toca todas las noches y por momentos le llega el olor a pasteles y bizcochos recién salidos del horno de la pastelería de la esquina.

En el balcón grande, de noche sopla siempre un vientecillo fresco, menos en los dos o tres días de garbino, que nunca faltan cada verano.

Marcella se pone un jersey o un chal, y protegida del aire húmedo de la noche sigue allí, distraída, hasta tarde, y a veces mira el cielo inmenso y lleno de estrellas.

Un amigo le ha enseñado a reconocer las constelaciones y ella las repasa, siempre con dudas sobre Casiopea y Andrómeda.

Sé con claridad cuándo Marcella se dispone a marcharse. Unos días antes empieza a subir y bajar las escaleras, necesita dejarlo todo en orden.

El número de días o de horas que tarda son directamente proporcionales al tiempo que ha pasado entre mis paredes. Si se trata de la marcha tras los meses de verano el trajín es más largo.

Marcella intensifica las coladas en la lavadora, ordena los cajones, la vajilla en la cómoda, recorre las habitaciones en busca de varios objetos que durante semanas han estado descolocados y que de todas formas han de encontrar su sitio hasta el verano siguiente, porque el frío está llegando, así que ya no se necesitan.

Sube de la planta baja a las habitaciones la ropa blanca planchada, guarda las toallas de playa, las esterillas y los abanicos, recoge de las mesillas de noche de los dormitorios los vasos y las tazas que por descuido se han quedado en la planta de arriba, guarda en una bolsa los periódicos y las revistas repartidos un poco por todas partes, comprueba que queda suficiente detergente, para que, en el primer fin de semana que vuelva, no le falte lo esencial.

Si es Navidad, elimina todas las cosas rojas y verdes con las que ha decorado

el salón: pañitos, velas, hojas de acebo en los floreros de cristal, unas flores de seda que reproducen perfectamente las estrellas de Navidad y que en manojos llenan las dos grandes ánforas de cobre que están en un rincón del salón.

Lo último que hace, la última noche que duerme aquí, es tapar con viejas y ajadas sábanas blancas todos los sillones y el sofá.

Después se marcha.

Suele irse a primera hora de la mañana, sea cual sea la estación.

La puerta se cierra detrás de ella sonando con fuerza, un ruido sombrío retumba en mi vestíbulo, sube por el hueco de la escalera y resuena unos segundos.

Luego hay silencio, y yo me quedo sola.

Las persianas son viejas, no cierran bien, tienen las lamas muy separadas y, a pesar de que todas han quedado cerradas, en mis habitaciones se filtra siempre un poco de luz de fuera durante los largos meses en los que me quedo sin nadie.

Una luz lechosa, en ciertos días de invierno muy cortos que parecen nacer y morir inmediatamente, o pajiza, en los primeros indicios de buen tiempo.

Marcella llevaba casada sólo seis años y había llegado con su marido y su hija para las vacaciones de Navidad, cuando Aurelia murió.

Parecía una Navidad como cualquier otra. Como siempre, Aurelia había preparado la cena de Nochebuena, compuesta de siete platos, como manda la tradición^[1]. Estaba un poco pálida y decía que notaba un leve dolor extraño, tal vez un golpe de aire.

Murió el 26 de diciembre, día de san Esteban, de infarto.

Siempre estaba encantada del regreso de su hijo, de su nieta y de ésa nuera que no era capaz de llamarla por su nombre, ni mamá, ni señora.

Así que la trataba de usted, sin un vocativo.

Aquella muchacha no tenía nada que ver con su mundo hecho de comercio, de almacenes, de sacos de semillas de cereales y de bidones de sulfato de cobre para los viñedos.

Sus manos eran pequeñísimas y pálidas, manos de niña. A lo mejor le gustó el hecho de que siempre tuviese las uñas cortas y de que no se las pintara.

Leía constantemente, quizá demasiado, y ella, sin dejar que la viera, observaba las expresiones del rostro de Marcella cuando leía y captaba una intensidad que en ciertos momentos la preocupaba.

Creía que en los libros esa muchacha encontraba un alimento que le era

indispensable, que de todas aquellas palabras escritas extraía un montón de emociones, no todas fáciles, pero que, pese a ello, Marcella buscaba.

Aurelia estaba convencida, sin embargo, de que los libros le causaban a Marcella también una especie de sufrimiento.

Le habría gustado defenderla de esa que le parecía una costumbre insensata, pero al mismo tiempo esa insensatez le inspiraba un misterioso respeto.

Había una complejidad de cosas en el alma de su nuera y decía que la vida, para alguien que leía tanto, con ese rostro y esa mirada que rezumaban físicamente las emociones que suscitaban las palabras, la vida, para alguien así, acabaría siendo un problema.

Cuando Marcella leía, y lo hacía en la cocina, ella se movía con pasos más leves.

Evitaba, al cocinar, hacer ruidos molestos. Si se le caía la tapa de una cacerola despotricaba en voz baja contra sí misma.

Le gustaba la proximidad muda y abstraída de aquella muchacha que había entrado en su familia y ahora formaba parte de ella.

Marcella conoció a Filippo porque había venido a la playa de vacaciones. En aquellos años el pueblo estaba cambiando.

La gente, cada vez más gente, había adoptado la costumbre de salir de vacaciones. En las noches de verano, las personas mayores se seguían sentando a la puerta de sus casas, para tomar el fresco, pero eran cada vez menos.

Del mar, incluso de noche, en lugar del silencio de antes llegaban ruidos, voces, música y carcajadas. Familias enteras llenaban los dos hoteles que habían surgido rápidamente justo enfrente de mí, al otro lado de la avenida, el Miramare y el Adriático.

La vida estaba cambiando, lo veía en la actividad de la tienda. Algunos artículos ya no tenían salida y los abonos y las simientes para el campo se vendían menos.

Los campesinos empezaban a dejar de ser campesinos o sólo campesinos, con el tiempo muchos de ellos ampliaron sus casas y alquilaban una planta durante el verano, más o menos todos sus hijos estudiaban o trabajaban en la elaboración de tabacos o en los hoteles y en el campo ya no quería trabajar nadie.

Muchos habían vendido la tierra sobre la que luego habían construido. La

costa empezó a llenarse de casas y de chalés.

Rara mezcolanza de estilos, macizos edificios de apartamentos en urbanizaciones junto a casas blancas y bajas pseudomorunas, pizzerías y pequeñas tiendas de objetos de cerámica.

Antes de marcharse, los turistas compraban de todo, y varias veces entraron en la rienda y le pidieron a Aurelia «*souvenirs*».

Aurelia, harta, contestaba que no tenía.

Una vez, una gente del norte se asomó al almacén pequeño y, entre grititos de entusiasmo, se encaprichó con la lana cruda y con las simientes que había en los sacos. Quisieron comprarle algo, pero Aurelia les respondió:

—¡Imposible, todo eso está carcomido, ha habido ratones!

Filippo —entonces estaba de novio con Marcella— le pidió explicaciones a la madre por aquella negativa.

—Le vendo a quien me da la gana y esa gente no quiere para nada la lana ni la simiente —respondió Aurelia.

A Aurelia no le gustaba la gente de fuera, al menos no aquella que, a su entender, había alterado el pueblo, tomaba helado a todas horas y tiraba los envoltorios al suelo, había llenado las calles de automóviles y había cambiado a los campesinos, que habían dejado de ser campesinos.

Con Marcella hizo enseguida una excepción.

Era de ciudad, pero sus orígenes estaban en el pueblo de mar. Y además esa chica no se había vuelto una engreída sólo por vivir en la ciudad, no tomaba helados a todas horas y por la noche, después de la cena, le gustaba —después de pasear por el muelle— estar largo rato en silencio, sentada en el balcón, fumando y mirando el cielo.

—¿Te gusta Marcella? —le preguntó Filippo.

—Sí —fue la respuesta de Aurelia—, porque no dice cosas inútiles.

Fue una declaración de rendición incondicional a esa chica que, como tanta gente, había ido allí de vacaciones y que acabaría echando raíces en su familia.

Desde 1908 no he sufrido cambios importantes, quiero decir que las habitaciones siguen siendo las mismas, no se ha derribado ningún tabique, no se ha añadido ningún espacio, como no sea el pequeño gallinero que Aurelia, tras la muerte de Teresa y Leandro —que jamás habrían consentido tal espanto—, mandó hacer en un rincón apartado del jardín, que ya empezaba a adquirir un

aspecto descuidado y campestre.

Con Leandro y Teresa había conservado siempre el aspecto de un patio.

Tenía sólo dos lados porticados, de modo que era un patio a medias, pero en el centro había una fuente de piedra que un artesano nativo había tallado a partir de un dibujo de Paulino Manau. Y el dibujo recordaba la fuente de la casa argentina. Un par de veredas enlosadas cruzaban el jardín.

Allí era donde Teresa recibía a las señoras que la visitaban, en verano, y donde pasaba horas bordando, allí Leandro buscaba el fresco para hacer la siesta.

Era el espacio de las carreras y los juegos para los cinco hijos que llenaban el aire de gritos y reclamos. Allí era donde Teresa, en los últimos meses de los embarazos —a sus hijos los había concebido siempre en verano—, se sentaba en uno de los bancos, sin pensar en nada, mirando el jardín y el cielo.

Creo que tenía recuerdos plácidos de Argentina.

Leía en el jardín las largas cartas que le llegaban de su hermana: «Querida hermana...»^[2].

Me decoraron con gusto y sobriedad.

Los muebles fueron encargados en Cantil y de fuera llegaron también las dos lámparas importantes.

El piano fue lo primero que Leandro compró para que Teresa pudiese seguir tocando.

Las partituras llegaron de América, en grandes baúles, al igual que casi todos los adornos y la ropa blanca, las cortinas y una infinidad de objetos aparentemente de escaso significado.

Teresa colgó enseguida, en la pared a la que estaba pegado el piano, el título, enmarcado, que había conseguido en 1903.

CONSERVATORIO FRACASSI BUENOS AIRES
Diploma de Profesor Elemental
Visto el resultado de los exámenes del año escolar
1902-1903
se confiere el presente Diploma de profesor
elemental de Piano
a Duarte Teresa.

Aprobada con Diez puntos^[3].

Estaba semanas enteras sin acercarse al piano. Entre los cinco niños, las faenas de la casa, los ratos que a veces podía ayudar a Leandro en la tienda, apenas le quedaba tiempo.

Pero en invierno, como hacía frío, llovía o había humedad, no salía al jardín y encontraba con más facilidad una hora del día para subir al salón.

Entonces la música llenaba todas las habitaciones y desde abajo, en la tienda, los clientes se demoraban con las compras para escuchar.

—Don Leandro, qué bien toca la señora —decían, y a veces preguntaban cuál era el tema que estaba tocando.

Algunas veces Leandro lo sabía, otras no. Eso sí, en la música sabía reconocer qué estaba pensando Teresa ese día.

Cuando más intensos eran en ella los recuerdos de la casa argentina, o de aquel otro mar con la infinita playa de arena, o de las tardes pasadas tomando mate con su amiga Juanita o de las visitas de Paulino Manau, entonces tocaba *La loca de amor*.

Cuando su nuera estaba sumida en la lectura, con unos libros más que con otros, Aurelia tenía un recuerdo extraño.

Recordaba a su madre, la expresión que ponía cuando tocaba *La loca de amor*.

Cuando Marcella dejaba el libro, tenía en el cuerpo, en el rostro y en la mirada una especie de absorto embobamiento, igual al que se le quedaba a su madre durante unos minutos, una vez que se iba del salón y bajaba.

Era como si ambas volvieran de otro lugar.

Se movían en una especie de cámara lenta.

Ya he dicho que fui la casa más hermosa del pueblo durante muchos años.

Era la envidia de don Filippo, el farmacéutico, y de don Rocco, el notario. No porque ellos no tuvieran casas grandes e imponentes. A fin de cuentas, eran más antiguas y entre sus paredes había acumulados más años, más adornos, más

cosas.

Pero quizá justo por eso no eran armónicas: una mezcla de épocas, ventanas hechas en distintos momentos, habitaciones añadidas al cuerpo original, tabiques levantados sin sentido de los volúmenes.

A principios de siglo yo era joven, y fluía entre mi estructura y el mobiliario una armoniosa correspondencia.

En la primera planta, además de la sala y el salón rojo, había un estudio, el dormitorio de Leandro y Teresa, un vestidor y otra habitación, bastante pequeña y esquinada: a medias salón y a medias cuarto de plancha y costura.

En la segunda planta, los dormitorios de los niños, cuatro.

Había un cuarto de juegos, que se convirtió en estudio cuando Sigfrido y Orlando iban al instituto.

Encima del cuartito esquinado estaba el de Amalia, la criada-niñera que permaneció entre estas paredes cuarenta años.

Crió a los hijos de Leandro y Teresa y durante un tiempo también a los de Aurelia, y se ocupó de mí hasta que las fuerzas se lo consintieron, e incluso más.

Murió durmiendo, como había deseado siempre.

Con el paso del tiempo, el destino de las habitaciones ha cambiado un poco.

El salón no se ha tocado, en el dormitorio que fue de Leandro y Teresa, y después de Aurelia y Ottavio, hoy están Marcella y su marido. El estudio sigue igual y un sofá-cama añadido con el tiempo lo hace cómodo para un invitado.

En la planta de arriba ya no hay niños ni nodrizas, de modo que un cuarto es de Flavia, la hija de Filippo y Marcella, y los otros se usan según el caso.

En el cuartito esquinado, el de la primera planta, ya no se cose ni hay montones de ropa para planchar. Es la habitación que Marcella tiene para su uso personal.

En invierno envuelve allí los regalos de Navidad, escribe, lee, se resguarda del mundo cada vez que lo necesita y lo puede hacer.

El tiempo lo mido a mi manera, que luego a lo mejor es la manera de los hombres, ¿quién sabe!

Lo mido por Navidades.

En la cena de Nochebuena se pone la mesa más bonita del año.

Marcella ha recuperado ciertos detalles de Teresa de los que Aurelia había prescindido. Sobre el mantel blanco bordado, un pequeño centro de mesa, las

velas rojas en los candelabros, los servilleteros de plata.

Los puestos en la mesa han cambiado muchas veces. De vez en cuando, alguna silla ha quedado vacía porque alguien se ha ido, durante poco tiempo o para siempre, y ha dejado su sitio.

Pero yo sé que, antes o después, porque las cosas son así, otros ocuparán esos sitios vacíos.

Marcella no vino las últimas Navidades. Dio un salto de dos días Filippo solo, entre el 27 y el 29 de diciembre.

Nunca habían faltado, de manera que fue una novedad.

No sé por qué pudo pasar eso, pero además de la Navidad de 1943, ha sido la única otra vez en la que me he quedado sola.

Tiene que haber pasado algo muy importante y serio, pues sé que Marcella nunca habría faltado a la cita. Siempre dice:

—¡Qué Navidad es ésta en la que no se abre la casa!

Luego a lo mejor refunfuña, se queja del trabajo que le da limpiarme el polvo acumulado, las hojas secas que el viento ha amontonado en los balcones contra los postigos, pero siempre regresa.

Me vuelvo roja y verde en pocas horas. En el baúl que está en el hueco de la escalera reposan durante un año, dentro de cajas, las coronas de acebo, los adornos del árbol, los «cuerpos fugaces», como los llama Flavia, falsas manzanas rojas y falsos racimos de uva dorada.

Todo se saca, se le quita el papel de seda y se coloca en su sitio: en la bandeja de plata que hay sobre la cómoda caben piñas plateadas; como centro de mesa, una gran corona de Adviento con velas rojas e intactas porque ya ha pasado el Adviento; diseminados aquí y allá, montoncitos de muérdago en jarras, jarritas, macetas.

Y los «cuerpos fugaces» caen despacio de la copa puntiaguda del árbol que durante unos años ha sido de verdad pero que ahora es de mentira porque resulta que ellos no quieren que muera.

Han tratado de plantarlo en el jardín pero no ha prendido. Ésta no es tierra para abetos.

Marcella siempre trae de Roma un tiesto grande con una flor de Pascua que durará el tiempo de las fiestas, y ella lo sabe, pero le gusta tener una planta de verdad porque, tan roja y verde, dice que da alegría.

Flavia toca el piano. Empezó de niña y ahora que es mayor le apetece menos, pero la noche de Navidad complace a todo el mundo y acompaña a coros desafinados y alegres que sacan a relucir todo el oportuno repertorio, de *Oh Tannenbaum!* a *Tu scendi dalle stelle*.

Marcella se emociona y Filippo le toma el pelo.

—¡Anda, mira que es increíble —le dice— que los coros, las marchas y las bandas te emocionen siempre, eres muy graciosa!

Una vez les dijo a unos amigos con los que estaban que Marcella se emociona incluso cuando oye en televisión los himnos nacionales. Todos, de todos los países, incluso «los que no sabe situar en el mapa». ¡La última vez que se emocionó por eso fue con el himno nacional de Ghana!

Oí hablar de la venta por primera vez el verano pasado, pero no me tomé en serio esas conversaciones.

Sólo que después vinieron unos hombres a tomar medidas, quisieron ver los sótanos y los desvanes y hablaban de precios por metro cuadrado, de valor de época y de otras cosas.

Este año a Marcella la atormenta algo. Está más callada, lee poco, se pasa horas en el jardín fumando y piensa, piensa...

Creí que la decisión de la venta le había causado una íntima aflicción. Pero no es lo único que le pasa. A veces llora, cuando está sola y nadie la ve. Luego se acerca al teléfono, empieza a marcar un número, pero cuelga antes de terminar de marcarlo.

De noche duerme poco. Entonces baja a la cocina y se pone a escribir. A veces en un cuaderno, otras en hojas de color crema que tienen su monograma, arriba, a la izquierda.

Deben de ser cartas que le importan mucho porque es un papel que usa para poca gente.

Muchas veces, después de haber llenado varias hojas, lo arranca todo, o bien relee dos o tres veces lo que ha escrito, prende un cigarrillo y en vez de meter las hojas en un sobre, las dobla y las guarda en el cuaderno.

Lo esconde todo en el cajón, debajo de los manteles. Ella es la única que se ocupa de cambiar, lavar y planchar la mantelería.

Creo que está convencida de que nadie podrá jamás hurgar en sus pensamientos de este extraño verano.

La conozco bien, si oculta pensamientos siempre es para evitar otros a otros.

Da vueltas por mis habitaciones, inquieta, como si me pidiese a mí una respuesta, un respaldo, una indicación.

Me gustaría hacer algo por ella, pero ¿qué? ¿Puede una casa consolar? ¿Puede la materia hallar caminos para tocar el corazón o la mente? Al fin y al cabo, soy un conglomerado de ladrillos, vigas, cemento.

Mis paredes han contenido los gestos y las palabras, los olores y los sonidos.

Quien ha vivido en mi interior ha actuado pero también ha pensado, sufrido, gozado. A menudo, más a menudo de lo que se cree, los hombres hablan solos o gesticulan.

He podido leer en sus pensamientos porque se los contaban a sí mismos, creyendo que estaban solos, cuando en realidad esas palabras entrecortadas, ciertos gestos, me tenían a mí como espectadora muda.

Mi mirada tiene un límite.

Estoy inmóvil y así tendré que seguir mientras viva. De manera que sólo puedo ver lo que ocurre dentro de mí y, fuera, hasta donde lo permite mi horizonte; una franja de playa, el mar, el jardín, esquinas de tejados cercanos, la curva de la calle que lleva a la iglesia.

En verano hay siempre un par de días de garbino.

Una buena mañana te sorprende el viento caliente que llega de África. El aire está inmóvil, no refresca nada desde el amanecer, las sábanas pesan y el lino parece ajado.

Las plantas del jardín se disponen a pasar sed, la humedad rezuma de la fruta, transpira de la piel, que durante días conocerá el inútil chorro de agua, el pelo de la nuca está empapado y gotas de sudor perlan la frente, todo el mundo se abandona al extenuante garbino, que deja sin fuerzas y crispa los nervios.

Se levanta poco a poco el viento y durante horas golpea al mar desierto, abrasa las sábanas tendidas en cordeles, hace temblar los cristales de las

ventanas.

Los sótanos son un refugio. Allí se puede respirar y el pulso late con normalidad, las botellas de vino y de aceite alineadas en las estanterías transmiten al tacto una agradable sensación de frescura.

De África el garbino trae consigo tierra roja y un polvo finísimo que se cuele por debajo del portón y por entre las lamas de las persianas.

La gente reduce al mínimo los movimientos y las palabras, puede que también los pensamientos.

Todos van de una habitación a otra con lentitud y parecen flotar en un día interminable que, desde el amanecer, ya no distingue la mañana de la tarde; los rituales de siempre se fracturan en un solo tiempo que los relojes no logran pautar.

Todos esperan que pase ese día interminable.

Cuando existía la tienda el cierre metálico se bajaba hasta la mitad, y además en esos días no había comercio. Si por casualidad un proveedor se presentaba con su carga ese día, primero Leandro y luego Aurelia despachaban lo más rápidamente que podían el asunto, eso sí, de muy mal humor, ya que el almacén grande tiene pesadas puertas de madera que había que abrir y por las que se colaba un montón de arena.

En los días de garbino Teresa se despertaba con jaqueca y, torpe y distraída, se dedicaba a sus tareas cotidianas. Leandro terminaba siempre diciéndole:

—Anda, sube, échate y descansa un poco, arriba hace más fresco.

En el dormitorio, con las persianas entornadas y una luz de acuario, Teresa dormitaba varias horas y, si la jaqueca persistía, tenía al alcance de la mano un barreño de hierro esmaltado lleno de agua y vinagre.

Mojaba en el líquido un retal de lino y se lo extendía en la frente.

Este año el garbino ha vuelto de nuevo y la inquietud de Marcella ha sido palpable.

Luego, cuando el garbino paró, siguió inquieta.

Filippo llegará entre el 12 y el 13 de agosto, como todos los años. Este año volverá también Anna Maria.

No la veo desde 1978. Creo que este regreso de Anna Maria guarda relación con mi venta.

Anna Maria nació el último año de guerra. Aurelia se dio cuenta con pesar de

que estaba embarazada, y se lo contó a Ottavio con brusquedad, como si quisiera ocultar algo que le desagradaba o le daba vergüenza.

¿Por qué no había llegado antes ese segundo hijo?

Aurelia no estaba preparada para esa nueva maternidad y respondía a las preguntas y al interés de los demás con monosílabos o frases hechas.

Anna Maria nació en junio, el día de la festividad del santo patrón.

Pasaba lenta la procesión justo debajo de mí y llegaban los cánticos, «Cuida a tu pueblo, oh hermosa Señora...», cuando un grito más fuerte y un empujón angustioso sacaron a la luz una niña de cuatro kilos.

—¡Es niña! —dijo la comadrona, pero Aurelia no dio muestra de interés.

Cerró los ojos y sólo dijo; «Corred las cortinas».

Amalia, sin que nadie la viera, puso en práctica un extraño ritual una vez que la niña estuvo lavada y antes de que se la envolviera en los pañales: le puso en el pubis un pellizco de azúcar mientras, casi en un susurro, decía: «Que tengas la mayor de las suertes».

Anna Maria vive en Milán. Se casó hace dos años con el hombre con el que ha vivido durante años y al que Aurelia y Ottavio no han querido conocer nunca. Estaba divorciado y su hija vivía «al margen de todas las leyes».

Marcella siempre les ha respondido a sus suegros que eso no era del todo cierto. Que había una ley del Estado por la que Anna Maria antes o después podría casarse con el hombre con el que compartía su vida.

—Pero no en la iglesia —respondía Ottavio.

—No, no en la iglesia, sino en el Ayuntamiento. El que se celebra en un Ayuntamiento es un matrimonio válido.

—Mientras tanto es una concubina —respondían los suegros.

Y cualquier otra posibilidad de mitigar su rencor se desvanecía.

Marcella ha preparado un dormitorio en la segunda planta para Anna Maria, ha hecho lavar las cortinas y creo que quiere propiciar, después del mucho tiempo transcurrido, una reconciliación con estas paredes.

Se había marchado como Agar, entre la desaprobación y el silencio de sus padres.

No se habían perdonado unos a otros y ahora que la muerte había vuelto

imposible toda recuperación y todo perdón —que ofrecer y que recibir— se le había endurecido un lado del corazón al que no interrogaba nunca.

El pueblo era un recuerdo. La casa, el jardín, nada le pertenecía sino en el papel y volvía, después de años, sólo para decidir con su hermano lo que le parecía más obvio y sensato. La venta.

Tenía una casa en Milán y en verano había empezado a amar otro mar. Lejano de aquél donde había nacido, más tranquilo, con limoneros y un clima suave también en invierno.

Una casa entre limoneros ya formaba parte de sus costumbres y de un proyecto propio.

Necesitaba vender en un sitio para comprar en el otro.

Una vez que Anna Maria se marchó, Aurelia se encerró en un silencio obstinado. Nadie conseguía hacerle hablar de su hija y aún menos de los motivos por los que había dejado el pueblo, aunque todo el mundo sabía lo que había ocurrido.

Yo asistí a la violenta discusión que hubo entre madre e hija, tras la cual Anna Maria decidió marcharse.

Aurelia —acababan de terminar de cenar— dijo dirigiéndose a su hija:

—Vamos al piso de arriba, tengo que decirte algo.

—También podemos hablar aquí —respondió Anna Maria.

—Dime, ¿qué hay entre el director del colegio y tú, para que andéis en boca de todo el mundo?

Anna Maria vaciló un instante y luego empezó a hablar, la voz un poco quebrada por la emoción, quizá sorprendida de cómo había llegado la rendición de cuentas, así, en la cocina, una noche cualquiera.

Aurelia probablemente había creído otra cosa, o puede que la esperara, de hecho, en cuanto su hija empezó a confirmar todo lo que se sabía por ahí, se sentó en una silla, aturdida, incapaz de ninguna reacción.

—¿Estás loca? ¿Sabes que ése tiene mujer e hijos? ¿No te avergüenzas?

—Lleva media vida separado de su mujer y seguirá ocupándose de sus hijos como lo ha hecho siempre.

—¡De manera que realmente has perdido la cabeza y la decencia!

Anna Maria dijo muchas cosas sobre sí misma, sobre aquel hombre, sobre la profundidad y la honestidad de su relación, pero Aurelia era incapaz de

comprender. Sólo una cosa le quedó clara; que su hija no tenía nada que ver con la persona que había conocido hasta ese momento.

Le parecía verla por primera vez y un vértigo le hizo apretar el borde de la mesa con tal fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

Ella, ella que nunca había hablado de temas de sexo, ella, que se avergonzaba de desnudarse en las consultas de los médicos, ella, que nunca había dicho nada semejante, gritó:

—Pero ¿cómo puedes acostarte con alguien veinte años mayor que tú? ¡Eres una puta!

Anna Maria sintió como que le daba una bofetada; hasta ese momento había hablado con voz entrecortada y jadeante, ahora miró fijamente a su madre y respondió:

—Tiene veinte años más que yo, pero no es mi padre y me acuesto con él porque me gusta, es un espléndido amante. Suponiendo que tú sepas qué significa el placer y qué es ser amantes.

—Sal de esta casa —le dijo la madre.

Anna Maria, dos días después, se marchó.

Durante diez años fui una casa feliz.

Entre mis paredes transcurrían días iguales y por eso mismo tranquilizadores: para ellos y para mí.

A Teresa le gustaba recibir visitas y en su nuevo país descubrió que era una costumbre muy habitual. Bastaba una excusa, por débil e insustancial que fuera, para que las señoras del lugar se anunciaran.

En invierno, primavera y otoño recibía en el salón; en verano prefería el jardín, era más fresco. Preparaba con antelación la bandeja con tazas y vasos, las botellas de alquermes y de vermú, o la cafetera napolitana llena, lista para ponerla al fuego.

En el salón se sentaban en la otomana y la conversación transcurría siempre igual. Hablaban de los hijos y de los maridos, de los acontecimientos del país, de cocina y de salud.

Especialmente en los primeros años había una curiosidad enorme por aquella joven forastera, los pretextos para visitarla eran los más dispares.

Hasta que la curiosidad se redujo un poco y quedaron más o menos las personas de siempre: doña Ortensia Savastano, las señoritas Pintucci, doña

Bianca Santini y su hija Carmela.

Idina y Maria Rosaria recibían regularmente clases de piano de su madre. El lunes y el miércoles aquella, y el martes y el jueves esta.

Tenían oído y se aplicaban con curiosidad, también porque Teresa era una maestra poco exigente; enseguida cedía a sus quejas si en vez de seguir con el piano querían corretear por el jardín, no era asfixiante imponiendo ejercicios y con frecuencia, después de la clase, se sentaba ella al piano y tocaba para sus hijas marchitas y alegres y pequeños vales, que Idina y Rosaria bailaban en pareja.

La-la-do-la-la-do era el principio de la canción de cuna que más gustaba a las niñas.

Con dulzura transcurría la vida en aquellos años y pareció una sola temporada feliz.

La gran guerra iba a llegar poco después.

Fue con la epidemia de gripe española cuando la muerte entró por primera vez por el portón, y quizá desde entonces la vida fue en cierto sentido más verdadera, pues incluyó también la enfermedad y el final.

Pero lo cierto es que por estas paredes comenzó a circular el dolor.

Muchos llegarían, no todos irremediables, no todos evidentes.

De algunos soy la única que conoce sus profundidades.

Murieron, primero una y tres meses después la otra, Rosaria e Idina.

Habían nacido al otro lado del mar y cuando el buque las trasladó a Italia tenían tres y cinco años. A sus otros tres hijos Leandro y Teresa los tendrían aquí.

Rosaria e Idina habían guardado recuerdos, que de año en año se debilitaban, de la casa argentina.

De la travesía por mar había quedado mucho más.

Quizá porque habían nacido en Argentina, quizá porque habían cruzado juntas el mar, el hecho es que Teresa hablaba su idioma sólo con Idina y Maria Rosaria.

Con los otros hijos que vinieron empleó siempre el italiano, con raras mezcolanzas de español; con Idina y Maria Rosaria le salía instintivamente sólo

el español. Y también las niñas mantenían entre ellas esa costumbre, excluyendo a sus hermanos.

Eran una pareja muy unida, quizá por la semejanza de edad, pero había algo más.

Y aún resuena esa canción de cuna, cuando todos juntos —Aurelia apenas andaba— jugaban al juego de la zapatilla:

*A la zapatilla por detrás
ni la ves ni la verás,
mira pá arriba
que caen hormigas,
mira pá abajo
que caen escarabajos,
a dormir
a dormir
que los Reyes van a venir^[4]...*

De Idina y Maria Rosaria se conserva una foto de su primera comunión. Mayo de 1914.

Están juntas, Idina apoya un brazo en una mesilla hexagonal con tres patas torneadas; visten exactamente igual. Un velo blanco largo hasta los hombros les ciñe la frente y la cabeza con una corona de flores de organdí.

El vestido cae recto hasta las caderas y continúa en suaves pliegues lisos hasta los tobillos. Sobresalen unos zapatitos blancos con trabilla y medias de encaje. Las dos llevan el pelo recortado a la altura de los pómulos y un flequillo que les llega a las cejas.

Miran fijamente al frente; detrás de ellas, una cortina drapeada y, en un fondo de cartón, improbables capiteles corintios rebosantes de hojas de acanto.

La fotografía lleva toda la vida en un marco de plata. En la esquina inferior izquierda se lee la inscripción «Formato estudio. Premiada firma De Arcangelis e hijos».

Esa fotografía nunca se ha movido de la cómoda en la que quedó colocada en

1914.

Ni siquiera en la última guerra acabó en el desván, en los baúles en los que Aurelia había guardado los objetos valiosos.

Y así desde hace ochenta años Idina y Maria Rosaria, detenidas en esa edad niña, siguen observando desde ese cartón verde oliva con la inscripción «formato estudio. Premiada firma De Arcangelis e hijos».

Aurelia desempolvaba esa foto, como también todos los otros objetos que hay sobre la cómoda, y cada vez que lo hacía siempre pensaba por un instante en aquellas dos hermanas que apenas había conocido, y de vez en cuando además decía en voz alta pensamientos, les hablaba, y contaba breves noticias del resto de la familia; de la enfermedad de mamá, de la muerte de mamá, de Orlando en la guerra de África, de cómo iba la tienda, de su matrimonio, del nacimiento de Filippo y de Anna Maria.

Y ella, cada vez más vieja, a lo largo de los años siguió manteniendo informadas a esas hermanas que se quedaron niñas en la fotografía de la premiada firma De Arcangelis e hijos.

Aurelia recordaba bien el año de la gripe española.

Cuando hablaba de ello con Marcella, le contaba que a diario, cuando no varias veces el mismo día, tocaba a muerto la campana pequeña de la iglesia.

La campana pequeña tenía un sonido más leve y agudo y tocaba a muerto sólo por los niños y los muy jóvenes.

No hubo familia, en el pueblo, que no tuviera deudos por la gripe española. Los que morían primero eran sobre todo los jóvenes.

Un flagelo peor que la guerra, y eso que hacía tres años había llamado al frente a muchísimos hombres.

También las noticias del frente traían luto y vaciaban las casas, pero esas muertes ocurrían lejos.

Eran soldados, hacían la guerra. Era fatal que los llantos de las madres y las esposas que los acompañaban hasta el tren militar fuesen llantos desesperados que sentían aquella partida como algo que podía ser, y a menudo acababa siendo, una separación definitiva.

Teresa y Leandro le habían agradecido a Dios que Sigfrido y Orlando fueran demasiado jóvenes para ser llamados a filas. Habían ido también los de 1899, casi niños.

La guerra estaba lejos, la vida podía simular que seguía siendo la de siempre.

Las campesinas que no sabían leer ni escribir le pedían a don Leandro que respondiera a las cartas de los hijos y de los maridos, que, cuando llegaban, hablaban de días duros, de ganas de regresar, daban consejos sobre la siembra y las cosechas, sobre las yeguas que había que aparear y sobre los becerros que había que vender.

También para Idina y Maria Rosaria sonó la campana pequeña.

Desde aquel día Teresa vistió de luto, durante diecisiete años, hasta el 4 de febrero de 1935, cuando también ella se marchó.

Entre mis paredes hubo entonces un gran silencio.

Teresa aparentemente se ocupaba de sus hijos y de la casa como siempre, pero estaba distante.

Adoptó la costumbre de ir a misa cada mañana. La acompañaba Amalia, que luego le contaba a Leandro cómo en la iglesia el ama se sentaba siempre en el segundo banco de la izquierda, el banco que tenía una placa de latón con la inscripción «Propiedad de Leandro Olivieri y familia».

No se sumaba a los cánticos ni a los rezos en voz alta, no se confesaba, tampoco comulgaba.

Miraba fijamente el gran fresco que ocupaba todo el ábside: representaba un mar tempestuoso, con barcas entre las olas, y arriba, los pies descalzos sobre una nube que parecía algodón, una Virgen niña.

A lo mejor charlaba con esa otra madre Teresa, muda, y no le perdonaba que hubiese permitido que le arrebataran a Idina y a Maria Rosaria.

Pensaba más intensamente en su casa argentina.

Idina y Maria Rosaria habían estado allí y el recuerdo de su muerte se mezclaba con una sensación de pérdida irreparable que abarcaba a su tierra del otro lado del mar, a su *querida hermana*^[5], las tardes en el patio, el mate.

Y lugares y cosas descubrían, por primera vez, al cabo de diez años, la terrible verdad de la lejanía, una verdad siempre conocida pero de la que había estado ausente la idea de lo irremediable.

Teresa no se acercó al piano durante un año.

Cuando lo hizo tocó *La loca de amor* y lo hizo con rabia, con una fuerza y una violencia que nunca antes había puesto.

Temblaron las plumas de pavo real en el gran florero de cristal que había sobre el piano.

En los años que siguieron, Teresa pareció cada vez más absorta en un mundo propio. Pocos entraban en él, durante poco tiempo o por azar.

En cierta manera estaba tranquila, sosegada, podía parecer la de siempre, pero por momentos se ensimismaba o distraía mientras alguien le hablaba. Ocurría, así, que hiciese varias veces la misma pregunta, o bien que se interesase de golpe por un detalle insignificante en medio de un tema serio.

Aurelia iba midiendo, según crecía, el abismo que la separaba de su madre. Mientras que Teresa era delgada y de piel clara, Aurelia era morena y tenía el pelo negro. Y además era alta, robusta, de manos gruesas y rasgos marcados.

A diferencia de Idina y Rosaria, no tenía ninguna aptitud para el piano y nunca quiso recibir clases.

No la cautivaban las tardes en el jardín y sólo se ocupaba del rincón dedicado a huerto, que solamente ella, con Amalia, cuidaba.

No es que Teresa desdeñase por alguna forma de superior indiferencia dedicarse al huerto, pero había demostrado ser distraída, descuidada, torpe.

Era tan minuciosa en la poda de una lila, en el abono de los limoneros o en la siembra de las petunias como dejada con los calabacines, las berenjenas y las lechugas.

Regaba más de la cuenta, empapando el terreno y haciendo que se pudrieran las hortalizas, o se olvidaba demasiado tiempo de regar, con lo que se secaba casi todo.

En un momento dado hubo un mudo intercambio de papeles.

Aurelia pasó a ocuparse sola de ese trozo de tierra y en sus manos las plantas de albahaca se convertían en matas engreídas, las berenjenas eran ahora carnosas, los calabacines, delicados resplandores verdes con una flor naranja en la punta.

Aurelia conocía las estaciones y sus ritmos, se había desarrollado en ella un alma de campesina y sus gestos, cuando recogía las hortalizas, sembraba, palpaba las vainas para evaluar la maduración, tenían la seguridad de una sabiduría antigua.

Mientras tanto, iba acumulando contra la madre un molesto rencor, un oculto reproche: el de no ser una persona concreta.

Le habría gustado tener un gallinero, y la terminante oposición de Teresa la confirmó en la idea de que su madre era una criatura tan abstracta y volátil, como ella estaba sujeta a la materia.

Una vez que terminó los estudios primarios prefirió trabajar en la tienda con su padre. No le interesaban los estudios, se los dejaba a sus hermanos.

Era muy hábil haciendo cuentas y organizando pedidos.

Los campesinos le pedían consejo sobre los nuevos tipos de abono y sobre nuevas simientes.

Le gustaba el olor de los cereales en el almacén pequeño y el áspero de la lana cruda que en balas enormes ocupaba el almacén grande.

De la mañana a la noche sus manos estaban en contacto con la materia y de ello obtenía una seguridad del espíritu.

Las cosas que salían de la tierra o que a la tierra estaban destinadas le confirmaban que la vida era algo sólido y concreto, le hacían creer firmemente en un orden general que regía la vida de los hombres y del que formaban parte reglas elementales.

Su vida, entre el huerto y la tienda, transcurría tranquila y apacible.

Siempre estuvo convencida, mientras vivió, de que había querido a su madre como toda hija devota debe querer a una madre. También estuvo convencida de que si alguna vez se había irritado con ella se había debido sólo a que «mamá no se fijaba en ciertas cosas, tenía la cabeza en otro sitio».

Yo creo que nunca se asomó a la otra verdad, más sencilla y secreta: siempre había envidiado a sus hermanas muertas el hecho de que hubieran muerto.

En la mente de la madre el recuerdo de Idina y Rosaria había eliminado espacio para ella.

O, al menos, eso es lo que creía Aurelia.

Tenía una necesidad desesperada de gustar y al mismo tiempo el espejo le devolvía la imagen de una chica desgarbada y sin gracia.

Se afianzó en la idea de que nunca captaría el interés de la mirada de su madre, y así, indiferencia contra indiferencia, de forma inconsciente fue madurando el plan de convertirse en su opuesto.

Orlando y Sigfrido iban creciendo altos y guapos, y más de una chica del pueblo deseaba y buscaba que se fijaran en ella. Leandro siempre les había dicho que no escatimaría en gastos para que estudiaran, pero que no se les ocurriera hacer el vago, porque él no estaba dispuesto a trabajar como una mula para unos gorriones.

Pero los sermones sobraban. Orlando y Sigfrido leían el latín mejor que el cura en la iglesia.

Leandro había estudiado poco y casi se cohibía cuando sus dos hijos repetían en voz alta: «blósco-molúmai-émolon-mémbloca».

—¿Qué es? —preguntó Leandro, mirando de reojo aquel alfabeto desconocido.

—Griego —respondió Orlando.

A Leandro a veces le gustaba subir a la segunda planta y escuchar a sus hijos, sin que lo vieran, cuando en voz alta declinaban palabras de esas lenguas antiguas desconocidas para él, o bien se extendían, también en voz alta, en largos temas de literatura o de filosofía.

Su voz era impostada y las palabras, oh las palabras, hablaban de cosas desconocidas y hermosas.

Descubrió que los libros de sus hijos contenían historias maravillosas cuya existencia desconocía.

Leandro se congratulaba y enorgullecía de aquellos hijos tan instruidos y de vez en cuando se dejaba llevar por los razonamientos contenidos en los libros y acababa deseando explicaciones, porque quería saber más, porque quería comprender las causas de las cosas.

Y se apasionó por las historias del mito.

Supo así un día que el suyo era un nombre antiguo, y la historia de amor de Hero y Leandro le pareció magnífica aunque triste.

No podía dejar de pensar que en su nombre había un destino, que el joven de Abido también había tenido que ver con el mar, mejor dicho, con dos mares, y la pasión de aquel antiguo amante que para llegar donde estaba su amada cruzaba cada noche a nado un estrecho de mar, le parecía digna de la que lo unía a Teresa.

Con una mezcla de vergüenza y de pudor, un día les pidió a Sigfrido y a Orlando algo para leer, le dieron un libro de mitología con el que se apasionó tanto, que comentaba en voz alta los pasajes que lo cautivaban más y discrepaba

cuando le parecía que había que discrepar y decía: «¡Anda! ¡Menos mal! ¡Animo!», cuando le parecía que los héroes y los dioses merecían que los alentara.

Las historias de amor eran las que más le gustaban pero también lo inquietaban, porque solían ser trágicas y melancólicas, y le habrían gustado otros finales.

La que le causó un estallido de ira fue la de Orfeo y Eurídice.

Pero ¿cómo? ¡Ese loco de Orfeo, después de rescatar a su amada del mundo de los muertos, se había perdido por una bobada! ¿Cómo pudo volverse hacia atrás para ver si Eurídice lo seguía?

Sigfrido lo oyó protestar en voz alta y le dijo: «Pero papá, Orfeo miró hacia atrás porque la amaba», y Leandro, furioso, le respondió: «No, no es cierto, no la amaba lo suficiente. Si la hubiese amado lo suficiente, no tendría que haber dudado, tenía que saber que ella estaba, debía saberlo y punto, sin necesidad de volverse».

Aquella historia contenía nombres de lugares que Leandro no sabía que existieran o que se llamaran así.

Y un nombre llevaba a otro: Helesponto, Tracia, Quersoneso...

De los mitos a las tragedias el tránsito fue rápido.

Y el sacrificio de Alcestis por ese marido tan ruin lo conmovía siempre.

Cuando Marcella la vio por primera vez, lo que le chocó de Aurelia fueron las manos; grandes, firmes.

Sin embargo, aquellas grandes manos se movían con levedad, amasaban huevos y harina, desplumaban pollos, preparaban el salvado para las gallinas a un ritmo sereno y pausado que transmitía a Marcella, que la observaba, una sensación de paz, de calma, de bienestar.

En su futura suegra no había trucos. Su espíritu era como sus manos, sin oropeles, sin arrebatos, era un espíritu grande y sólido.

Una nueva madre así era lo que ella estaba buscando. Sintió que quererla sería fácil como un ataque. Y enseguida se sintió querida, sin que hubiese un motivo en el mundo para que una mujer tan distinta de ella pudiese quererla desde el principio.

De Aurelia, Marcella aprendió que los sentimientos podían ser sencillos y tranquilizadores, como la comida o el sueño.

Anna Maria llegó anoche. Estaba tan cansada que fue a acostarse sin cenar.

En cambio, Marcella ha estado levantada casi toda la noche. Ha sido una noche calurosa. Sólo hacia el amanecer ha soplado una leve brisa.

Marcella estuvo largo rato en el jardín, a oscuras, sentada en el único banco que aún conserva todos los listones. A la luz de la luna el jardín parecía más grande y abandonado. Lo que quedaba de lo que había sido el gallinero parecía un cúmulo de escombros.

Había ortigas por todas partes, y las ipomeas, que de día tienen una ligera gracia con sus espirales, entonces, en la oscuridad, parecían alambres que enjaularan las pequeñas columnas del pórtico.

En el centro del jardín aún puede verse la base de la fuente que diseñó Paulino Manau.

Marcella siempre ha sabido que esa especie de bloque redondo y ancho era la base de algo, pero nunca se ha sabido qué fue de la fuente.

Una vez Aurelia dijo que habían sido los ingleses, durante la última guerra, quienes, borrachos, la habían destruido. En otra ocasión había hablado de un bombardeo.

Esta noche Marcella estaba insomne y tranquila, como no le ocurre desde hace días. Creo que está preparando con orden los pasos de la venta.

Siempre tiene esta calma cuando ha tomado una decisión.

Tras la muerte de Teresa, en 1935, corrí el riesgo de que me dividieran.

Leandro convocó alrededor de una mesa a sus tres hijos y les explicó que quería preparar un testamento por el que cada uno tuviera su parte, con arreglo a la ley.

Aurelia, que parecía que sólo quería la tienda, los almacenes y el trozo de huerto, escuchó las palabras del padre en un silencio preñado de pensamientos. No pensaba permitir que nadie partiese la casa, ni siquiera los hermanos, de los que sin embargo se sentía orgullosa y a los que quería.

Amalia la apoyó en un proyecto que presentó al padre y a Sigfrido y a Orlando, y que obtuvo la aprobación de todos, y así me salvé.

Toda la casa, almacenes y huerto incluidos, le quedaba a Aurelia, que se comprometía a seguir viviendo con su padre y a encargarse de la tienda.

Les cedía a sus hermanos las cuatro hectáreas de tierra en la colina que Leandro le había destinado a ella como dote y se comprometía a no reclamar derechos sobre un almacén grande en el que se podía construir otra planta y que, por consiguiente, podría ser la casa de sus hermanos.

Asimismo, se comprometía a entregar anualmente una parte de las ganancias que se obtenían de la tienda.

Cuantificó en términos concretos y precisos los gastos que debía afrontar la familia para que los dos hermanos continuaran sus estudios.

Sumando los cinco años de instituto y los casi cinco de universidad, su mantenimiento había supuesto, y supondría, un gasto no poco considerable.

Supo recurrir a la mentira y a la hipocresía esa única vez en la vida. Hizo pasar su escasa propensión a los estudios como una renuncia y un sacrificio.

La escucharon y la creyeron, sus propuestas parecieron razonables y en julio de 1935 lo legalizaron todo en el despacho de don Rocco, el notario del pueblo.

El dolor por la muerte de la madre desgarró el mundo sólido y ordenado de Aurelia.

Le pareció que un violento vértigo la aspiraba hacia arriba o hacia profundidades desconocidas.

Pensó con horror que el apacible y elemental orden que regía el mundo, y por tanto su vida, era frágil e inconsistente como la jarra de cristal soplado que Sigfrido le había traído de Venecia.

Le daba tanto miedo tocar aquella jarra de cristal, que incluso evitaba quitarle el polvo.

¿Y si el mundo que se había construido no hubiese sido como ella lo había querido y creído?

¿Si el dolor hubiese podido tener la fuerza de una pasión, la que llevaba a la madre a tocar, con esa intensidad. *La loca de amor?*

No había previsto en su vida qué palabras abstractas podrían hacer vacilar a las concretas.

Si pensaba que no iba a ver a su madre nunca más, las palabras «nunca más» le abrían las puertas de un diccionario desconocido, el conocimiento de verdades irremediables e incorpóreas ante las cuales se desmoronaba el orden de las

estaciones y del tiempo y el de todas las cosas.

Orlando estuvo entre los primeros voluntarios que, en otoño de 1935, fueron a Etiopía.

Su militancia fascista podía hacer prever una decisión así, pero cuando comunicó a su padre y a sus hermanos su marcha, no sólo no encontró entusiasmo en sus parientes, sino que además le parecieron hostiles y distantes.

Aurelia salió con un «¡Justo ahora, que ha muerto mamá!».

—¿Qué tiene que ver? —respondió Orlando—. ¿Qué tiene que ver que mamá haya muerto?

—Mamá no habría querido —replicó la hermana.

—¡Pero si mamá siempre se sintió orgullosa de mí, siempre tuvo fe en el Duce!

—A mamá nunca le gustaron las guerras, una cosa es el Duce y otra es la guerra.

Los preparativos se hicieron deprisa y Orlando se marchó una mañana de noviembre.

Sigfrido no compartía el entusiasmo de su hermano por la revolución fascista y mucho menos su decisión de irse, como voluntario, a Abisinia.

—Todo me parece una payasada —dijo un día, oyendo a unos *avanguardisti* que cantaban *Faccetta nera*^[6].

—¡Oye, ten cuidado con lo que dices! —exclamó preocupada Aurelia.

Sigfrido siempre se había mantenido a una prudente distancia del régimen. Había muchas cosas que no lo convencían, decía que todo era «demasiado chabacano».

Orlando regresó en 1936. Estaba guapísimo, tenía la tez bronceada y llevaba el uniforme de oficial de la milicia, y se había forjado una especie de mito sobre su aventura africana, de modo que mucha gente lo buscaba para hablar con él, para que le contara, para saber de aquella colonia del Imperio.

Y él contaba y además enseñaba las fotografías que había tomado: compañeros de armas en sahariana clara entre grupos de indígenas descalzos y semidesnudos, mujeres jóvenes con los pechos al aire y grandes ojos negros, paisajes áridos y matorrales, un par de casonas de estilo fascista, filas de áscaris^[7].

Algunas de esas fotografías seguirán todavía en algún cajón o entre los papeles del despacho; tarde o temprano, Marcella acabará encontrándolas.

Ottavio ya llevaba un año en el pueblo, de maestro de escuela, cuando se fijó en Aurelia.

Le pesaban los años, la soledad, el futuro incierto. Quería una esposa. No cualquier esposa. Buscaba una relación sin sobresaltos, en la que los días transcurriesen marcados por una tranquilizadora homogeneidad.

Había sido largo tiempo instructor en un internado en Caserta y durante años únicamente había tenido dos trajes. Lo poco que ganaba lo enviaba, por medio de giros postales, a un pueblo de Irpinia. Era para librar la casa de una hipoteca.

En casa estaban la madre y seis hermanas, todas solteras, que, como podían, se las ingeniaban para afrontar la deuda.

El orgullo acabó imponiéndose a la vergüenza y las dos hermanas mayores, bordadoras de prendas delicadas, pusieron su maestría al servicio de las futuras novias, renunciando a malvender por dos reales la casa. La tercera encontró trabajo de contable en la estación de tren y él entró de instructor en un internado, gracias a los buenos oficios de un tío cura, cuando apenas contaba quince años.

A esa edad se ocupaba de los menores que él y mientras tanto estudiaba. Una vez que obtuvo el título de maestro permaneció diez años más entre aquellos muros.

Había vivido sin más proyectos que los de estudiar, trabajar, mandar dinero a casa para saldar la deuda.

La llegada al pueblecito de mar debió de parecerle un acontecimiento.

Iba de vez en cuando a la tienda de don Leandro para comprar plumas, papel de carta y tinta.

Cruzaba con él algunas palabras y, sin darse cuenta, se encariñó con la tienda y con don Leandro. Aurelia se limitaba a saludarlo y nunca se habría imaginado otra cosa entre ellos.

Marcella le preguntó una vez a su suegra cómo se habían enamorado Ottavio y ella.

A Aurelia la asombró un poco la pregunta y, con candor, respondió:

—Entonces eso no se estilaba.

Su unión fue fruto de un pacto y no de un deseo. No conocieron riñas ni pasión, pero tampoco los rozó siquiera la duda de que hubieran sacrificado algo íntimo. Fue un matrimonio sostenido por la voluntad de respetarse mutuamente, de traer hijos al mundo —si era voluntad de Dios— y de permanecer juntos sin sobresaltos durante el resto de su vida.

En la monótona rutina cotidiana ambos encontraban algo que les resultaba tranquilizador.

Marcella cree que, a su manera, se habían querido.

Aurelia se casó en mayo de 1937.

Habían transcurrido poco más de dos años desde la muerte de Teresa y, tras el luto riguroso, había pasado al medio luto. Hacía apenas unos meses había empezado a ponerse ropa normal.

Una boda que fuera una gran fiesta le parecía inconveniente, pero al mismo tiempo Leandro quería para esa hija un día memorable.

Se optó por una solución intermedia; una comida en toda regla después de la ceremonia en la iglesia, en la ciudad cercana y en el excelente restaurante Alla Colomba d'Oro para los parientes más próximos, que no eran más de treinta, y, dos noches antes de la ceremonia, una recepción en casa para los amigos.

Amalia dirigió las tareas de limpieza y sacaron brillo a todas las habitaciones. El jardín también se arregló para la ocasión, ya que las noches de mayo eran calurosas y seguramente alguien querría pasear un rato por la parte de abajo.

Ese año hubo una floración soberbia y al anochecer entraba por las ventanas abiertas del salón el aroma del celindo que desbordaba la valla del jardín.

El gramófono difundía en el aire *Parlami d'amore Mariù* y *Bambina innamorata*. Bailaron hasta tarde, pero Aurelia, con la excusa de atender a los amigos, se permitió un solo baile con Ottavio.

No estaba acostumbrada a las fiestas con baile ni a ser el centro de atención, así que estuvo toda la noche como en un sueño, emocionada y tensa.

En una esquina del salón estaban colocados, bien expuestos, los regalos que habían recibido, y al lado de cada objeto o servicio, la nota con las felicitaciones y un nombre.

Con los años algunos de esos objetos se han roto o perdido, pero la mayoría todavía se conservan: el servicio de mesa de doña Ortensia Savastano, las copas

de cristal de las señoritas Pintucci, la bombonera de plata de doña Bianca Santini.

Después de la muerte de Teresa ya nadie tocó el piano y por lo demás tampoco se usó más el salón, salvo para las comidas de las fiestas.

Aurelia y su padre estaban ocupados todo el día en la tienda, Ottavio iba a la escuela, y así la vida se terminó haciendo, durante el día, en la planta baja.

No recuerdo bien cuándo, pero sin duda fue antes de la última guerra, Leandro compró una radio.

Se colocó en el salón que, junto con la cocina, formaba la trastienda. Aurelia aparentemente no mostró entusiasmo por aquella novedad. Nunca encendía el aparato por su propia iniciativa ni parecía interesada en los programas.

Sin embargo, ciertas noches, cuando su padre y su marido subían a los dormitorios para acostarse, ella se quedaba abajo con la excusa de repasar las cuentas, y sintonizaba la radio en un programa de música ligera.

Le gustaba Rabagliati y había aprendido de memoria algunos temas. El que prefería era *Maria La O* y a menudo lo canturreaba, furtiva:

*Maria La O,
lasciati baciari!...
Maria la O,
io ti voglio amar!...*

Creo que nadie sabe que Aurelia tenía una voz bonita, entonaba bien y también sabía bailar.

Con un brazo levantado y el otro doblado, estrechando a una pareja invisible, posaba para sí misma y era realmente buena en el pasodoble y en el vals lento.

El 10 de junio de 1940 lucía un sol espléndido y parecía un día como cualquier otro. La mañana transcurrió con los rituales de siempre, pero desde las primeras horas de la tarde había en la casa cierto nerviosismo. Orlando había entrado y salido varias veces, se le notaba alterado, Aurelia mantenía la calma

pero estaba distraída, Ottavio había cruzado en la comida pocas palabras con su cuñado y había salido enseguida.

A media tarde pusieron la radio, hecho inusual, y todos se sentaron alrededor, sólo Aurelia se quedó a un lado, cada vez más pensativa.

Una voz profunda, recalcando las palabras, que intercalaba con segundos de silencio, habló:

—Combatientes de tierra, de mar, de aire, camisas negras de la revolución y de las legiones, hombres y mujeres de Italia, del Imperio y del reino de Albania, escuchad... La declaración de guerra ya se ha entregado.

Hubo un profundo silencio, hasta que Leandro unos minutos después se apartó del mueble de la radio y, sin dirigirse a nadie en concreto, dijo:

—¡Menos mal que Teresa se ha ido! Va a ser una tragedia, que Dios nos proteja.

Sigfrido siguió callado, pero Orlando se molestó por la reacción de su padre y quería pedirle cuentas y explicarle que su preocupación estaba fuera de lugar, pero Leandro no quiso escuchar y se fue al piso de arriba, el rostro cada vez más cansado.

El viejo tenía razón, esa guerra iba a ser catastrófica, peor que la otra y peor que la gripe española.

La gripe española había causado la muerte de Idina y Maria Rosaria, pero esta guerra iba a ser peor que cualquier muerte. Traería a la familia dolores mudos e incurables, traería una muerte larga.

Orlando participaría en la masacre, Aurelia conocería la humillación y la ofensa, al viejo Leandro no se le dirían un montón de cosas pero fue como si comprendiese y en los años que siguieron a la liberación no pudo recuperarse.

Comenzó a cansarse de vivir aquel 10 de junio de 1940.

El día de la liberación vi que bajaba de la parte alta del pueblo una multitud vociferante de marineros.

Había también mujeres y chiquillos. Venían hacia mí, corriendo.

Una vez que llegaron al portón, empezaron a arrojar piedras y a gritar «¡Abajo los fascistas!».

En la casa, Ottavio se encerró en el estudio y puede que temiera la ira de los marineros. Era secretario del Fascio desde hacía años. Había desempeñado su

papel encabezando los desfiles en primera fila, junto con el Podestà^[8], había pronunciado algún discurso con motivo de la conmemoración de la marcha sobre Roma y en la escuela era el director de los coros patrióticos.

Sabía que todos los marineros eran socialistas, ellos sabían que tenía el cargo de secretario del Fascio pero por la calle siempre se habían saludado, lo llamaban «señor maestro» porque todos los más jóvenes habían sido alumnos suyos y él se paraba a menudo y encantado con ellos cerca de los almacenes de los calafateadores a hablar del tiempo, del estado de los balandros, de la miseria.

¿Por qué ahora se volvían contra él?

Con la idea de defender, íntegramente, costase lo que costase, su dignidad, se puso la camisa negra y se disponía a asomarse al balcón.

Aurelia le preguntó:

—¿Adónde vas?

—A hablar con éstos.

—Hazme el favor, quítate esa camisa —respondió Aurelia, y al balcón se asomó ella.

Acababa de terminar de colocar unos sacos de cemento, estaba despeinada y tenía un poco de polvo gris en la frente y en la nariz.

Los increpó con brusquedad.

—¿Qué queréis?

Se sorprendieron un poco y luego empezaron de nuevo a gritar «Abajo los fascistas». Aurelia reflexionó, vio que unas piedras que habían lanzado contra el portón habían desportillado la madera.

—Como no os marchéis, os denuncio —continuó—. ¿Quién de mi familia os ha hecho alguna vez daño?

No supieron qué responder a la pregunta.

Dirigiéndose a Giuseppe Impronta y a sus tres hijos, Aurelia continuó:

—Vergüenza debería darte, precisamente tú, que tienes que saldarme una cuenta desde hace dos años. Como no os marchéis, juro que no le vuelvo a fiar a nadie.

Y para que su amenaza resultase más eficaz, les lanzó un cubo lleno de agua que, como arma de defensa, había sacado al balcón.

Los marineros se marcharon.

En la visión simple y pragmática de las cosas del mundo, a Aurelia le parecía un derecho legítimo de su familia ser fascista, y que en cambio era propio de un

Judas traidor el comportamiento de Giuseppe Impronta y de los otros.

Por supuesto, su elemental razonamiento fue más convincente que cualquier reflexión más amplia y profunda.

En diciembre de 1943 los cañones alemanes y aliados no paraban, a veces los proyectiles caían tan cerca que las ventanas temblaban violentamente.

Creí entonces que me convertiría en un montón de escombros, cosa que, por otro lado, les estaba ocurriendo a muchas casas.

No se hablaba de otra cosa que de la guerra, en la tienda la actividad se había reducido al mínimo, faltaban muchas provisiones porque la estación de tren había sido bombardeada, los campesinos venían poco al pueblo y compraban velas, pescado seco y legumbres. Vivían primordialmente encerrados en sus casas y pensaban en salvar el pellejo y en esconder los víveres para que los alemanes no se los apropiaran.

Los pescadores pasaban un hambre espantosa porque era invierno y porque también el puerto había sido bombardeado y por supuesto no se podía salir a la mar, ya era mucho haber salvado el balandro, no faltaban los que lo habían perdido.

Los ejércitos enemigos se enfrentaban y, pese a que en la calle aún sólo se seguían oyendo los furgones alemanes, todos esperaban que de un momento a otro llegaran los aliados.

Aurelia estaba preocupada por Orlando, no se tenían noticias de él y hablaba de ello muy a menudo con su padre. A veces se preguntaba con Leandro si había hecho bien en presionarlo para que huyera hacia el norte.

Por otro lado, desde principios de octubre se supo que en su zona la guerra se recrudecía tremendamente.

La línea del frente se había situado a pocos kilómetros del pueblo y el ejército aliado avanzaba con mucha lentitud. Los alemanes, como no tenían nada que perder, se retiraban muy lentamente y sólo cuando habían resistido hasta el final, destruyendo siempre a su paso todo lo que podían destruir.

Decían que las tropas canadienses e indias del Octavo Ejército ya habían entrado en un pueblo cercano, a treinta kilómetros, y que pronto estarían aquí.

Sería el final de una pesadilla aunque quizá, no, seguramente, también el principio de otros problemas para la familia.

Haber sido fascistas exigiría un precio y el más alto iban a hacérselo pagar a

Orlando.

Justo en Nochebuena la batalla se recrudeció tremendamente y, pese a que hasta ese momento todos se habían negado a dejarme, aquella vez decidieron irse al campo.

Regresaron al cabo de pocos días, cuando ya se habían retirado los alemanes y los furgones que recorrían la calle eran de los aliados.

¡Qué Navidad más rara! Me quedé sola, de repente.

Aurelia había abrigado bien a Filippo y había hecho una maleta. Ottavio también cargaba una bolsa grande. Leandro seguía demorándose y haciendo preguntas inútiles y quería llevarse esto y aquello, y Aurelia le metía prisa:

—¡Muévete, papá, no hay tiempo!

—Pero ¿has cogido las fotografías de las niñas? ¿Y los papeles de la división de la casa? —preguntaba Leandro.

Aurelia, nerviosa, le respondió que había cogido la ropa gruesa, algo de ropa blanca y las joyas, que no podían llevarse fotografías o papeles.

—Además, los de la división de la casa los tiene don Rocco.

—Pero si bombardean la casa del notario, ¿qué hacemos? Necesitamos tener nosotros los papeles.

Aurelia extrajo del último cajón del escritorio una pequeña carpeta azul y, dirigiéndose a su padre, dijo:

—¡Bien, ahora tengo los papeles de la división, vamos!

Fue un invierno muy frío el de 1943.

No hubo noticias de Orlando durante meses, después se supo que había sido arrestado junto a otros camaradas, todos de la milicia, y que estaban detenidos, a la espera de juicio, en la prisión de Regina Coeli, en Roma.

Leandro, a pesar de que viajar en aquella época era todavía muy complicado, quiso buscar a su hijo, y así, con un primo abogado, fue a la capital.

Después le contó a Aurelia su encuentro con Orlando.

Y contó cómo había acabado, por un error, cuando salió de la cárcel, en vez de en el hotel en un punto opuesto de la ciudad y que mientras buscaba que alguien le informara se encontró enfrente del cementerio monumental que en Roma se llamaba Verano.

—Qué cosa más rara —pensé—, sé lo que significa *verano* en español, evoca calor y luz, en cambio, aquí es una palabra para los muertos. He recordado a tu madre.

Cuando Filippo llegó, anoche, llamó enseguida a Vittorio, el aparejador, y mañana por la tarde Vittorio vendrá aquí, con el plano catastral.

Anna Maria parece serena. Ha querido revisarme entera; desde los sótanos hasta el desván.

A decir verdad, en el desván no han entrado, sólo han echado una ojeada desde la puerta. Creo que Marcella quería enseñarle el lado donde el tejado se había vencido el año de la nieve.

Anna Maria se ha fijado bien en los pequeños cambios que ha habido en más de diez años, ha pasado los dedos por los pocos muebles que siguen quedando de los que se mandaron hacer en Cantil en 1908, ha felicitado a Marcella por las cosas que tienen su huella y que demuestran que ella sola ha seguido ocupándose de mí durante todo este montón de años.

—Pero ¿de dónde has rescatado estas cosas? —le ha preguntado en un momento dado a su cuñada.

Marcella se ha echado a reír y ha contestado:

—Ya sabes que tengo alma de trapería.

En una pared del salón Anna Maria vio, colgado, el diploma de piano de la abuela Teresa Duarte. Y, en una pequeña vitrina, el misal de Teresa, el único objeto de ella que había usado Aurelia.

Un librito con la cubierta de nácar, con las iniciales «T.D.» arriba, a la derecha.

En los días que siguieron Anna Maria continuó encontrando, bien por azar, bien adrede, objetos del tiempo pasado.

Algunos los recordaba bien, la madre los había usado, otros, Aurelia los había quitado de en medio porque eran inútiles, pero, como no tiraba nada, la hija los había encontrado en el fondo de un baúl o en el desván.

Con los años, Marcella había sacado a la luz o colocado en sitios abiertos, visibles, cosas olvidadas o abandonadas.

Anna Maria le ha preguntado a su cuñada de dónde le venía su pasión por las cosas, incluso por objetos insignificantes.

—Comprendo que quieras rescatar el espejo y el libro de la abuela Teresa,

los soldaditos de plomo de Filippo y otras cosas, pero, sinceramente, ¿qué sentido tiene rescatar y conservar un cuello de encaje amarillento y encima un poco roto, una caja de metal con botones desparejados, unos viejos registros con las cuentas de la tienda?

Marcella no sabía qué decir.

—Será una obsesión, a lo mejor tienes razón. Pero es que creo que las cosas, todas las cosas, guardan el recuerdo de un gesto, de una costumbre, de una época. Y me parece que hay cosas que lo hacen más que otras.

»En los registros del abuelo Leandro veo una mano que moja la pluma en tinta y escribe. Me parece ver ese gesto. A lo mejor el cuello de Valenciennes era de tu madre, o de la abuela Teresa. Y tengo la impresión de ver, delante de un espejo, una mano que lo roza, lo coloca bien alrededor del cuello, a una mujer que mira cómo le queda un vestido. Lo que ha quedado de ese gesto es el cuello de encaje.

El bordado había sido una de las ocupaciones preferidas de Teresa. Le gustaba bordar a punto de cruz porque era fácil, era como pintar, y la alegraba el cesto lleno de ovillos de lana y de algodón de colores.

En el fondo de algún baúl se conservan ovillos y cañamazos recién empezados.

En el salón rojo, sobre el sofá, tres cojines cuadrados son todo lo que queda de sus labores. Son las alegorías de las estaciones; primavera, verano, otoño. Los colores están muy desteñidos pero tienen aún rastros de los tonos dominantes. El verde para la primavera, el amarillo y el naranja para el verano, el ocre para el otoño.

—¿Y el invierno? —le preguntó una vez Marcella a su suegra.

—No tuvo tiempo de terminarlo —respondió Aurelia—. Hizo muchos más cojines y tapices, pero a saber dónde habrán ido a parar.

Aurelia sabía perfectamente dónde habían ido a parar, pero como con todas las cosas que habían dejado un dolor demasiado intenso en su interior, prefería negar o mentir.

«No me acuerdo», era la frase con la que contestaba siempre que una pregunta directa la conducía al rincón interno del sufrimiento.

«No me acuerdo», decía, y puede que realmente acabara olvidando.

La dote de Aurelia era un ajuar en el que había dos docenas de todo; Teresa lo había comenzado a preparar para sus hijas cuando éstas eran niñas. Tras la muerte de Idina y Maria Rosaria, el ajuar de Aurelia se había triplicado de golpe. A pesar de ello, en los años que siguieron se le añadieron muchas prendas, y de diferente calidad.

De la ropa blanca fina se encargaba sor Filomena, del convento de las ursulinas.

De sus manos nacieron las sábanas con bordados y calados, los manteles de lino bordados con peonías y lirios, las toallas de Flandes con un monograma en el que se lee «Bonheur!» y «Buenos días».

En el baúl que hay en el dormitorio Marcella ha encontrado buena parte de la ropa blanca fina de Aurelia. Emanaba un olor áspero de tela que no se ha oreado y tenía algunas manchas amarillas debidas al tiempo.

La ha lavado con delicadeza, planchado y guardado de nuevo. Todo estará listo para Flavia; además, la abuela habría querido lo mismo, era lo que había dicho varias veces. Como había dicho varias veces que no quería que Anna Maria se quedase con nada suyo. Ya había recibido su dote, por supuesto que de eso no la había privado, pero no, no iba a tener nada de lo que pertenecía a Aurelia.

Marcella ha traicionado la voluntad de su suegra porque siente que ésta tenía también otra voluntad, más fuerte e íntima, la de que Anna Maria regresase a casa.

Anna Maria ha regresado, de algún modo ha regresado, de manera que es importante acogerla.

Por eso ayer traje a su cuñada y, delante del baúl, le dijo:

—Elige algo de tu madre, como recuerdo.

Arma Maria ponía reparos, decía que no, no quería, mamá no habría querido. Marcella le preguntó:

—¿Estás completamente segura?

—No, no estoy segura.

De manera que se quedó con un mantel, el de peonías.

Durante la última guerra demostré mi solidez. El frente se hallaba en el mismo borde del pueblo donde me encuentro y los bombardeos fueron muchos, e intensos.

Mis muros temblaron más de una vez y algún cristal se hizo añicos.

Fue entonces cuando el gran espejo de la cómoda se volcó y se partió en mil pedazos.

Aurelia pensó que no era el momento de buscar un cristalero para arreglarlo, de manera que el marco dorado acabó en el desván.

Hace unos diez años Marcella lo arregló y ahora, con algún mellado en las esquinas, ha vuelto donde Teresa quería que estuviera.

Los ingleses requisaron toda la segunda planta y también el jardín. En casa estaban los oficiales y en el jardín instalaron a las tropas, la cocina de campo, las tiendas y una infinidad de sacos y materiales.

Filippo, niño, miraba desde la ventana cada mañana a los indios que se peinaban. La primera vez que los vio soltándose los largos cabellos lisos y negros, llamó a su madre, alarmado:

—Mamá, mira, tienen el pelo como las mujeres, ¿por qué?

—Cada pueblo tiene sus costumbres —respondió Aurelia.

En el tono estaba implícita la desaprobación por aquella costumbre.

Aurelia soportaba con resignación aquel estado de cosas. Lo cierto es que los oficiales y también las tropas eran amables y limitaban sus contactos con los dueños a lo estrictamente necesario. Era lo único que les agradecía Aurelia.

Le dieron permiso para guardar en un par de baúles que se llevaron al desván la ropa blanca fina y algunos objetos del salón.

Así, acabaron en el desván las partituras de Teresa Duarte, la *murrina* que Sigfrido le había traído de Venecia y las otras «baratijas de mamá».

Abanicos, una caja forrada de tela verde, el álbum «Recuerdo de mi enlace»^[9], los cubiertos de plata...

En el verano de 1944 toda la región fue liberada y el ejército aliado prosiguió el avance hacia el norte.

Para la familia los problemas no habían terminado, de Orlando se sabía que lo habían trasladado a un campamento en Padula, era donde llevaban a los acusados de delitos políticos para que fuesen «defascistizados».

Orlando escribía con regularidad.

También a Ottavio lo llevaron a un campamento de depuración, en Gioia del

Colle. Él también había apoyado al régimen, pero su papel había sido tan secundario que regresó muy pronto, una mañana, en un camión que se ofreció a llevarlo.

Abrazó a Leandro, Aurelia y Filippo, tomó un agua de cebada y subió al dormitorio tras decir: «Luego os contaré, ahora me voy a echar un rato, estoy cansado».

Por la noche, mientras cenaba con su familia, llamó a la puerta Rocco, un marinero que durante el régimen había tenido no pocos problemas porque era comunista y cuyo hijo había sido alumno de Ottavio.

—Señor maestro —dijo—, quería saber cómo está usted.

—Bien, bien —respondió Ottavio.

—Si no volvía pronto iba yo a Gioia del Cole para hablar con los aliados, a la gente a la que uno aprecia hay que dejarla en paz.

—Gracias, Rocco, todo está bien, qué quieres que te diga, el Duce y el fascismo se acabaron. Tú estás contento y ahora nos toca pagar a nosotros, pero yo creía en ellos. No pensé que todo fuera a acabar así.

Al día siguiente, Rocco le llevó al maestro fascista de su hijo una cesta de pescado fresco para demostrarle su alegría por tenerlo de nuevo en el pueblo.

Las cosas, entre personas de creencias políticas distintas, no fueron siempre así en aquellos años, pero muchas veces también fueron así.

Leandro se fue en la primavera de 1952.

Desde hacía un par de años una niebla había empezado a enturbiar su memoria y a opacar su atención a la vida. Tenía cada vez menos curiosidad por lo que pasaba a su alrededor, ya no quería dirigir la descarga de las semillas de cereales en el almacén grande, y cuando llegaban los proveedores enseguida gritaba: «¡Aurelia!».

Se sentaba silencioso en un rincón de la tienda, cerca del escritorio lleno de libros de registros, jugueteaba con el bolígrafo y hojeaba las facturas, las volvía a poner en orden dentro de los sobres, abría el registro de los créditos y repasaba listas de números y fechas, sin que ninguno de esos gestos fuese de la menor utilidad.

También en la mesa comía en silencio y a Aurelia, que le hablaba de asuntos relacionados con la actividad de la tienda, apenas le prestaba atención, le decía: «Sí, sí, de acuerdo», o bien: «Decide tú, lo que hagas estará bien».

Por la noche colocaba una silla al lado del mueble de la radio y les anunciaba a todos: «Voy a escuchar el parte».

Es imposible saber qué entendía de las noticias de política y de sucesos. Pero atendía, concentrado, cada palabra, con el rostro inclinado hacia la radio y sus manos enormes apoyadas en las piernas.

Parecía que la radio era la única cosa que le suscitaba algún tipo de interés.

Aurelia, mientras fregaba los platos después de la cena, oía el estrépito de voces, chirridos entremezclados que brotaban del aparato mientras Leandro giraba el dial buscando a saber qué emisora.

En alguna ocasión intervino con la intención de ayudarlo:

—¿Qué buscas, papá?

Pero él no respondía, de manera que ella lo dejaba tranquilo y terminaba de fregar los platos con aquel fondo de ruidos y de voces.

Una noche Leandro sintonizó una emisora y el claro anuncio: «Y ahora Dea Garbaccio cantará *Là in Argentina* [Allá en Argentina]». De golpe, retiró la mano del dial, y la voz desconocida se difundió en el aire.

Aurelia dejó de fregar los platos para no hacer ruido y se quedó allí, apoyada en el fregadero, mirando con el rabillo del ojo a su padre, que estaba inmóvil, los ojos clavados en el dial luminoso de la radio.

Aurelia sabía que su padre se estaba preparando para irse. No podía saber cuánto iba a durar esa despedida, pero Leandro había entrado en una especie de embudo que lo aspiraba y ella no iba a cometer el error de retenerlo, de calmar el viento que lo estaba absorbiendo, aquella fuerza que lo estaba llamando a otro sitio, pues aquella llamada tenía para Leandro un significado más valioso y más importante que todo lo que el presente pudiese ofrecerle.

En los últimos meses Leandro había derribado todos los muros entre vivos y muertos, entre el mar pequeño y el mar grande, entre lo que era y lo que había sido.

Y le escribía cartas a Paulino Manau para que le diseñase otra fuente, idéntica a la del patio de la casa argentina y a la que los ingleses borrachos habían destruido.

Que Paulino Manau llevase muerto diez años era un detalle insignificante...

Ahora estoy segura; Marcella está enamorada. Y sé que las largas cartas en papel de color crema se las escribe a ese hombre, y después no envía ninguna.

Sé muy poco sobre él. Sé que está casado, que tiene dos hijas mayores, que tiene quince años más que Marcella.

Creo que se conocieron por motivos de trabajo, pues ella lo llama «profesor» y lo trata de usted.

Marcella ha sabido guardarse muy bien este secreto. Ni yo misma me lo habría imaginado. Pero ahora que lo sé, me parece comprender muchas cosas que durante años me resultaban incomprensibles.

Marcella siempre ha recibido una señal clara del corazón cada vez que ha querido averiguar si quería a alguien.

Hace suyos los recuerdos de ese alguien. Si esos recuerdos entran en su mente y se depositan en ella, sin que su intención sea la de almacenarlos, entonces es seguro: aquella persona habrá pasado a formar parte de ella.

Muchas veces su suegro le había hablado del pueblo entre las montañas, de la guerra, de los años de escuela, y ella siempre lo había escuchado con atención.

Pero no había retenido casi nada de lo que le había contado, ni las palabras ni las imágenes le sonaban a nada. Lo lamentaba. Habría deseado que fuese de otra manera.

Después de todo, Ottavio era un buen hombre que la trataba con la galantería de otros tiempos, hacía que las campesinas le llevaran ramos de zinnias rojas porque sabía que esas flores le encantaban, y si encargaba una tarta helada siempre pedía que no tuviera frutas confitadas porque sabía que a Marcella no le gustaban.

Ella le guardaba gratitud por eso y por más cosas, pero no podía ser con él más que cortésmente atenta.

Distinto fue el recorrido de las palabras de Aurelia.

Y así entraron en Marcella el perfil delicado de Teresa Duarte cuando bordaba en el jardín, las cartas que iban y venían de un mar a otro entre ella, la *querida hermana*^[10] y Juanita, el olor de los almacenes y los brazos de Aurelia niña, desnudos hasta el codo, que hundía en los sacos de simientes, y el ritual del peso de los sacos en la báscula.

Con el «profesor» había ocurrido lo mismo. Él un día le entregó un recuerdo.

Roma, 19 de julio de 1943: es su cumpleaños, sale de casa, sube al tranvía. Está emocionado porque le han dado permiso para salir solo. Es poco más que un niño.

Tiene dinero que le han regalado y quiere comprar una cámara fotográfica. Está dando vueltas por la ciudad cuando empiezan a bombardear el barrio de San Lorenzo.

Comprende que debe regresar, la gente corre desesperada, las noticias se cruzan, hay un delirio generalizado, llega a la *via* Genova, está en un refugio. Alguien le da chocolate. Sólo unas horas después consigue regresar a su barrio. Mientras se dirige a su calle, no sabe qué se va a encontrar. Tiene miedo. Desde lejos ve la casa intacta y a una de sus dos hermanas en la calle. Lo están buscando desesperadas.

Cada año, el 19 de julio, ella evoca ese recuerdo y revive la escena, puede sentir el sabor del chocolate, el olor del polvo, el calor africano de Roma en julio, y ese calor la lleva a otro calor, más seco, más lejano; es el calor de Bengasi, donde nació aquel niño otro 19 de julio.

Marcella, entonces, sencillamente no existía.

Ni siquiera era una idea en la mente de aquellos chicos que, bastantes años después, se convertirían en su madre y su padre.

—Habría que llamar a un camión y tirar algunas de las cosas que se han acumulado en el desván —dijo Anna Maria.

Y ayer ella y Marcella empezaron a llenar bolsas enormes que, cuando están repletas, se bajan al portal. Pasquale vendrá a recogerlas un día de éstos.

En el desván hay de todo y ni ellas mismas saben por qué Aurelia ha guardado tantas cosas.

—Mamá era una maniática —dijo Anna Maria, recordando que guardaba también la cuerda de envolver paquetes y que doblaba cuidadosamente los papeles de colores, los de los regalos de Navidad. Y de ese modo había llenado infinidad de cajas, que luego habían acabado en el desván.

Era imposible abrirlas todas. Les echaban una ojeada, levantaban la tapa, y enseguida a las bolsas. En algún caso Marcella preferiría tener más paciencia, revisar mejor, antes de tirar.

Anna Maria le ha tomado el pelo:

—No irás a hacer lo mismo que mamá, que aunque se hubiera decidido a tirar algo, luego se arrepentía porque le parecía que todo podía servirle en algún momento.

Así que llevan dos días despejando el suelo de ladrillo y ahora se mueven un poco mejor, aunque en ciertos puntos tienen que ir encorvadas porque la altura es menor conforme el techo se inclina.

Filippo deja a su mujer y a su hermana en estas mañanas de limpieza y no renuncia a la playa.

Anna Maria y Marcella van tarde, después de las once. No les gusta la playa con gritos, cubos, chicos jugando al balón en la arena y repleta de sombrillas. Entran corriendo en el agua y van nadando hasta los peñascos. Allí toman un rato el sol, sin hablar, con los ojos cerrados si el peñasco es lo bastante liso para echarse.

Luego nadan hasta la orilla, unos minutos bajo la sombrilla, un rato de charla inevitable con los conocidos y antes de la una ya están en casa.

Mi porche siempre ha brindado, en verano, un agradable frescor, y cada vez que Marcella empuja el macizo portón de madera y pasa a mi interior, me corresponde con un suspiro de gratitud y placer.

Mientras preparaban la comida y esperaban que también Filippo regresase de la playa, Anna Maria le dijo de repente a su cuñada:

—¿Qué vas a hacer sin esta casa? Marcella la miró un instante en silencio.

—¿Qué quieres decir?

—Que esta casa es tuya. Olvídate de las leyes escritas y de los papeles. Esta casa tiene tus huellas, te has ocupado de ella durante años, le tienes cariño, la cuidas y la conoces bien.

—¿Por qué, tú no la conoces bien? —No lo sé. No, no lo creo. Ele nacido aquí, nunca me he preguntado si me gusta o no me gusta. A lo mejor tampoco me gustaba mucho y además está vinculada a mamá. Se han torcido demasiadas cosas. He deseado que todos desaparecieran. Sigo sin poder olvidar que prácticamente me pusieron en la puerta. Sabes que los he odiado. Aun así, ya no siento rabia, tampoco rencor, pero nunca nos hemos explicado. Por eso les sigo reprochando algo. Tanto silencio. Ni Semana Santa, ni Navidad, ni fiestas de guardar.

—Pero os visteis en la primera comunión de Flavia. La familia se reunió y se notaba que ese día también mamá estaba emocionada y feliz de verte de nuevo.

—Sí, claro, pero tuvimos que vernos en un terreno neutral. En tu casa, en Roma. Aquí no había regresado nunca. Y esta casa no me pertenece. Créeme, no es porque persista la hostilidad. Es que sencillamente aquí no está mi vida de los últimos quince años. Y se nota. Por lo menos, yo lo siento así. Estos días me encuentro bien contigo, me gusta despejar el desván y también haber visto de nuevo el diploma de la abuela Teresa, y las cosas que has sacado a la luz. Pero todo eso me ha confirmado en mi primera impresión: esta casa es tuya, es una parte de ti, mucho, mucho más de lo que tú misma puedes imaginarte. Mamá siempre te quiso y estoy convencida de que la casa, en su interior, te la había dejado a ti.

Marcella piensa una y otra vez en las palabras de Anna Maria. Las escucha en su interior. Reflexiona sobre ellas. Anna Maria no puede imaginarse qué otros significados tienen sus palabras para Marcella.

Hay un momento en toda vida en el que se produce un claro tránsito. No es el mismo para todos y poco tiene que ver con los años reales que uno tiene.

Es algo que guarda más bien relación con la sensación del tiempo.

Para Marcella, ese momento llegó hace un par de años.

Ella tiene una edad en la que no se es ni joven ni mayor.

Su cuerpo, por supuesto, ya no es el que tenía a los veinte ni a los treinta años, pero no padece achaques. Los ciclos mensuales le recuerdan que aún es fértil, el pelo entrecano y que lleva muy corto puede ser hasta una coquetería.

Conserva los rasgos de niña y el entramado de pequeñas arrugas que se acentúan cuando ríe no son signos de vejez, sino más bien de los años que ha vivido intensamente y que nunca ha tratado de esconder o ignorar.

La alegró celebrar sus cuarenta años. Nació a finales de septiembre y nunca como ese año le pareció que estaba en sintonía con la estación y el mes en los que había venido al mundo. Entonces organizó una gran fiesta en el jardín. Llegaron de Roma sus mejores amigos, su hermana, su hermano, sus sobrinos.

Quiso que la comida fuese en el jardín y Pasquale la ayudó a montar una larga mesa sobre una tarima de madera que serviría para nivelar el suelo.

Muchos de los amigos fueron alojados en casa, otros en hoteles. Fue un fin de semana repleto de voces y de gente activa y atareada. El tiempo le regaló una luz preciosa.

Así pues, no hay guerra entre Marcella y los años, es algo distinto: se parece a un sueño.

Marcella tiene un sueño recurrente: se encuentra en la sala de espera de una estación de tren, está sentada, seria, vestida para un viaje, consulta el reloj pero no está inquieta. Espera.

En un momento dado, sin embargo, se da cuenta de que ya no recuerda si debe irse en un tren o ha llegado de algún lugar, si está esperando un cambio de tren, un enlace, si ha quedado con alguien que tiene que ir a buscarla o si es ella la que está esperando a alguien que va a apearse de un tren.

Cuando tiene ese sueño se despierta siempre un poco confundida y turbada y le dice a Filippo: «He tenido el sueño de la sala de espera».

Desde hace un par de años Marcella siente por sí misma, a su edad, la misma turbación que le causa el sueño.

El profesor entró en la vida de Marcella cuando ella la retenía, recatada y seria, en la sala de espera del sueño.

En el desván Marcella ha encontrado una caja con la tapa forrada con una tela que en algún momento debió de ser verde. La ha bajado a la cocina sin haber echado enseguida una ojeada al contenido.

Poco a poco han ido apareciendo en su interior trozos de vida de Teresa Duarte.

Un álbum de tafilete en cuya cubierta, en letras doradas, se lee, «Recuerdo de mi enlace». En el interior, pegados, página tras página, en un orden meticuloso, artículos recortados de varios periódicos —*Tribuna, Crónica, La Tierra, La Capital*—, que anuncian su boda con Leandro.

En una de las últimas páginas, una foto de grupo y la leyenda: «Té de despedida. La señorita Teresa Duarte, rodeada de sus amistades, durante el té ofrecido en su honor, en el Tea Room de Gath y Chaves, con motivo de su próximo enlace^[11]».

Sonríen, en aquel recorte que tiene casi un siglo, unas veinte muchachas.

En el centro de la fotografía, sentada detrás de una mesa puesta, rodeada por las amigas —unas sentadas, otras de pie—, está Teresa.

Marcella se dice enseguida que su hija se parece a esa bisabuela.

Murmura: «¡Qué rara es la vida!».

Este álbum de tafelete ha estado muchos años entre los cachivaches del desván, así como todas las cartas que hay en la caja. Y justo ahora que la casa está a punto de venderse, saca a relucir los recuerdos.

Marcella cree que soy una gran aduladora y, después de todo, no está muy equivocada. La caja la ha encontrado ella, pero yo la he guardado, canto de sirena, para evitar una separación.

Sé que solamente ella puede, ignoro con qué argumentos o maniobras, a qué precios, pero si quiere, solamente ella puede impedir mi venta.

Y sé que le influyen sobremanera, y que la fascinan, muchas cosas del pasado. En especial, las de Teresa Duarte.

Y creo saber también que a Marcella la tienta otra vida. Aunque con miedo, está tentada de marcharse.

En la caja hay también una especie de diario. La letra de Teresa es clara, pero Marcella sólo consigue entender unas pocas palabras, e incluso sobre el significado de éstas no pondría la mano en el fuego.

En la parte superior de la página hay pocas fechas, pero las suficientes para que quede claro que Teresa escribió entre 1928 y 1930.

Con la ayuda de un diccionario que compro ayer y un poco de intuición, Marcella quiere descifrar las cartas de Teresa Duarte.

De la carta del 5 de octubre de 1928 de Juanita Lavallo Rouzant a Teresa Duarte Olivieri:

Querida:

Leo y releo tus cartas, y a pesar de los años y del mar que nos separa,

estoy a tu lado más que nunca. Tienes una fuerza enorme y sabrás salir de este momento difícil como has salido de otros. Mucho más terribles.

¿Por qué no hablas con absoluta sinceridad con Aurelia? ¿Por qué no tratas de romper este hielo del corazón que te hace sufrir? La muerte de Idina y Maria Rosaria ha sido una tragedia que ha dejado —como no podía ser de otra manera— marcas.

Pero no sólo en ti.

Me dices que parece que Aurelia quiere reprocharte algo. Habla con ella, no dejes que el silencio caiga entre vosotras como una losa...

De la copia de una carta de Teresa a Paulino Manau, sin fecha:

Las ventanas de mi habitación dan al este y por la mañana, cuando me levanto, me acerco enseguida a los cristales y veo el mar y el sol que está saliendo o que a veces ya sobresale del horizonte, y entonces me digo que estoy viendo el mismo sol que veía salir en Argentina. Allí también había una ventana que daba al este y aunque es otro mar, la extensión de agua es tan inmensa que este mar también puede parecer el mar de Argentina.

De una página del diario de Teresa Duarte:

... Cuando habla de mí lo hace siempre con una sonrisa irónica, y si Amalia pide ayuda para tender la ropa en el balcón, o para recoger las alubias en el huerto, antes incluso de que pueda levantarme para hacer algo, ella se adelanta y dice: «Ya voy yo, no te molestes, mamá. Mamá es una señora».

¿Por qué esta hija me mantiene al margen?

De la copia de una carta de Teresa Duarte a Juanita Lavallo Rouzant, sin fecha:

... Enorme la alegría y la satisfacción por la noticia.

Si pudieses ver, Juanita, lo guapo que está Orlando de uniforme.

Tiene un papel importante en el partido. Ayer estuvo con el secretario federal y con el Podestà. Creo que va a hacer muchas cosas buenas por la patria. En el corazón, sigo siendo argentina.

Sobre un cartón que los años han deslucido, dentro de un marco oval, la fotografía de un hombre de grandes ojos oscuros, con bigotillo y pelo tupido y negro.

En la parte de atrás se lee: «A Teresa, mi estimada, que ha causado mi inmensa pena por su partida. Paulino^[12]».

¿Estaba Paulino enamorado de la abuela Teresa?

¡Qué verano fue el de 1930! Fue el verano de Juanita.

En su correspondencia con Teresa siempre habló de un viaje a Italia, pero con el paso de los años las invitaciones y las promesas se renovaban como un ritual, es probable que ninguna de las dos se las siguiese tomando en serio. Y, sin embargo, con los buenos deseos de Pascua llegó también la noticia cierta de la llegada de Juanita.

De Juanita —Marcella no lo sabe— es el abanico con rosas, de Juanita es la partitura de *El amor brujo*.

No sé decir con seguridad qué sintió Teresa en esos dos meses.

Por supuesto que le encantaba que estuviera su amiga y hablaban largas horas en el jardín.

Su idioma reconquistado suscitaba en Teresa una extraña emoción y cierto desasosiego. Era como recuperar sus lugares y una parte de sí misma. Pero también se veía privada de las horas de soledad en el jardín, del silencio del final de la cena, cuando todos se quedaban en la cocina y ella decía; «Bajo a cerrar la puerta», y todos sabían que lo único que quería era estar sola.

Juanita llenó los días con su voz, mis habitaciones con sus pasos y su perfume de muguete.

Quiso celebrar una fiesta y convenció a Teresa.

Fue el último domingo de julio. Hasta muy entrada la noche mis habitaciones estuvieron iluminadas y la música del gramófono se irradiaba por el aire cálido que olía a mar.

Por una vez, Teresa pareció olvidada del dolor por Idina y Maria Rosaria, y

esa noche hizo el amor con Leandro con un deseo que creía ya apagado.

Se conserva una fotografía de aquella velada. Marcella la ha encontrado en la caja verde.

Sobre el fondo de las columnas del patio, entre los naranjos y los tamariscos, cada una sentada en un sillón de junco, están Teresa y Juanita. Leandro está al lado de Teresa, con un brazo sobre el hombro de ella, Juanita le sonrío al fotógrafo y tiene la cabeza ligeramente inclinada hacia un hombre que se encuentra a su lado.

Es un hombre que viste ropa clara y chaleco, lleva un sombrero de paja que arroja una leve sombra sobre el rostro, tiene gafas redondas, con montura de metal. Marcella no sabe quién es, como también ignora quiénes son las dos muchachas que están de pie, detrás de Teresa y Juanita, y el chico alto, rubio, con el cuello de la camisa desabotonado.

Todas las mujeres visten trajes claros y holgados, Teresa lleva al cuello un collar de perlas, largo y de dos vueltas, y Juanita sujeta el extremo de una bufanda ligera, y tiene en el regazo un abanico semiabierto.

Para la llegada de su amiga, Teresa hizo arreglar una habitación de la segunda planta, encargó un espejo de pared y pegado a él hizo colocar una cómoda forrada con una gruesa seda verde.

Conocía la vanidad de Juanita y la increíble cantidad de cremas, polvos y perfumes que iban a requerir espacio para alinearse.

En la parte donde estaba la cómoda, al lado de la cama, quedan en el suelo manchas oscuras que jamás ningún jabón ha conseguido eliminar. Es la nogalina que Juanita usaba para ocultar sus primeras canas.

Con Juanita fue con quien Sigfrido conoció por primera vez el cuerpo de una mujer.

La puerta de la habitación estaba entornada y por la rendija se entreveía el cuerpo tumbado en la cama. Una rodilla doblada asomaba del camisón floreado con el que Juanita se presentaba en la cocina por la mañana, recién levantada, con su: «¿Cómo estás?».

A saber por qué le dio por llamarla, si no lo hubiese hecho quizá todo lo demás no habría ocurrido.

Pero ¿quién puede explicar por qué se hace algo tan inútil como llamar a alguien, sabiendo que no tiene nada que decirle?

Para mí que hay algo que presiona por dentro, llega a los labios y se hace nombre. Pero el nombre pretende invocar otra cosa. Puede que sea un pensamiento en voz alta, el deseo de decir o de desechar otro nombre.

Marcella a veces llama con fuerza:

—¡Filippo! —Y luego, casi enfadada consigo misma—: Nada, nada, no quería nada.

—Entonces, ¿para qué me has llamado?

—Por nada, sin motivo —dice ella.

Aquel verano de 1930 Sigfrido llamó:

—¡Juanita!

Puede que ella comprendiera enseguida o puede que no. Se levantó de golpe, y entonces se tropezó con la botella de nogalina que había en una esquina de la cómoda.

Creo que soy la única depositaria de ese secreto.

A buen seguro, fui la única testigo de ese amor durante la siesta.

Yo los protegí y jamás se me ha ocurrido juzgarlos.

Sigfrido descubrió el placer de los sentidos y Juanita recibió con estupor, como un regalo inesperado, aquel deseo que la hacía mujer, y auténtica mujer, con más de cuarenta años.

Más que los abanicos con rosas, más que los camisones floreados, más que el apresurado y apático amor de Luciano.

Creo que la marcha programada para la semana siguiente fue un alivio para Juanita. Se marchó turbada, rogando a Dios que todos ignoraran lo ocurrido y que sólo Sigfrido y ella pudieran colocar ese recuerdo en una casilla de la mente.

Así fue. Después del final de la guerra, una hermana de Juanita escribió contando que había muerto.

A Aurelia la sorprendió el deseo de Sigfrido de encargarse de una misa por ella. Por un momento se preguntó por qué pedía eso y con tanta firmeza. Pero

accedió, y fue con toda la familia a la iglesia, a la misa por la salvación del alma de Juanita Lavallo Rouzant.

Dos meses después de la marcha de Juanita, a Sigfrido le llegó el momento de regresar a Venecia, a la universidad.

Leandro y Teresa no reparaban en gastos para los estudios de sus dos hijos, pero nunca comprendieron el motivo por el cual Sigfrido, que había terminado el instituto un año después que Orlando, no quiso ir con su hermano, ya universitario, a Roma.

Venecia quedaba más lejos, no había ningún motivo concreto para que Sigfrido la hubiese elegido; aun así, se había demostrado plenamente decidido.

Leandro lo acompañó en tren la primera vez para buscar una residencia universitaria donde instalarlo, y al volver Teresa le preguntó por la ciudad:

—¿Es bonita?

—Sí, es muy bonita, es sentimental como tú y tu hijo —le respondió Leandro, sonriendo.

En el juego del reparto de los hijos, Sigfrido, Idina y Maria Rosaria le correspondían a Teresa, Orlando y Aurelia a Leandro.

Sigfrido no volvió a vivir en esta zona.

Se quedó en Venecia, ejerciendo de arquitecto, y cuando tenía más o menos cincuenta años se casó con Elsa, una mujer pálida y grácil, que tenía unos diez años menos que él. Sería 1962 o 1963.

El viaje de luna de miel lo hicieron por el sur, y aquí se quedaron unos días.

Aurelia estaba encantada de conocer a esa cuñada y, en su fuero interno, esperaba que se quedaran todo el verano, pese a que la intimidaba aquella mujer tan diferente de ella, divertida, perdidamente enamorada de su hermano, vestida siempre con ropa clara.

A Elsa le encantaba todo y todo la entusiasmaba.

Le gustaba el jardín, le gustaba recorrer los cuartos y asomarse por todas las ventanas y los balcones, le gustaba que el pueblo estuviese en su mismo mar.

—El nuestro es un mar pequeño —decía—, es un mar tímido.

Aurelia encontraba un poco extraña la imagen, pero le divertía escuchar a Elsa y su manera de hablar cantarina y sonora.

Elsa era concertista y fue inevitable que la atrajese el piano. Hacía muchos años que no se afinaba porque ya nadie lo tocaba, pero ella de todas maneras

quiso probarlo, y entre las partituras de Teresa encontró la de *La loca de amor*.

Aurelia estaba en la tienda cuando oyó las primeras notas, inseguras, un poco en sordina; le costó algo, aunque apenas un instante, reconocer la pieza.

La melodía, que llegaba desde abajo, se desplegó plena y clara.

Aurelia, en silencio, se acercó a la puerta que daba a las escaleras: desde allí podía escucharse todavía mejor y se quedó así, apoyada en el marco, confiando en que no entrase ningún cliente, y sólo dijo:

—¡Dios mío..., cuántos años!

Filippo le toma de vez en cuando el pelo a Marcella.

—Pero ¿qué te pasa este verano, es que te has apasionado por la arqueología?

Filippo sabe que a Marcella siempre le ha gustado echar un vistazo a mis habitaciones, forrar cajones, ordenar armarios, «recolocar un poco», como dice ella.

Pero este verano sale menos de lo habitual. No hace más que poner excusas, siempre tiene que «recolocar un poco».

Cada vez que viene, Marcella prefiere no salir a la calle. En julio y agosto evita la playa.

—Demasiada bulla —dice—, demasiada gente.

Toma el sol en el balcón o en el jardín.

Tengo varios balcones: uno grande en la segunda planta, dos pequeños en la primera y un balconcillo cubierto en la planta baja.

Marcella va detrás del sol o de la sombra, de la vista del mar o del jardín, según lo que busque, desplazándose de una planta a otra, de un balcón a otro.

Anoche vino a cenar Vittorio, el aparejador.

Durante la cena hablaron poco o nada de mí, pero sabía que los temas serios estaban a punto de salir.

Vittorio se ha ocupado de todo: datos catastrales, cálculo de medidas, intermediación con el comprador. Ahora quiere llegar a un acuerdo y comunicar a Filippo y Anna Maria las condiciones del pago.

Empieza la conversación seria. Más que por las palabras, deduzco por el tono de las voces, afligido, formal, que esta noche se decide mi destino.

Marcella está silenciosa. El aparejador también se da cuenta. Le dice:

—Doña Marcella, hemos hecho varias veces las cuentas, cuesta demasiado mantener esta casa. Además, no merece la pena, lo entendería si vivieran ustedes aquí, pero como mucho vienen una vez al año.

—No es verdad, yo vengo más de una vez al año —responde Marcella.

Filippo empieza a estar inquieto.

—Marcella, ya lo hemos hablado. Yo también lo lamento, pero no tiene sentido conservar una casa tan grande. No podemos con los gastos. Y tú, Anna Maria, al fin y al cabo la idea ha sido tuya, antes que mía.

Anna Maria asiente con la cabeza y no dice nada. Piensa en su caseta entre los limoneros, tiene ganas de estar allí.

La noche de ayer fue rara. Soplaban un fuerte viento del mar y todas las persianas batían. Anna Maria se levantó para cerrar las de su habitación y luego, de nuevo acostada, estuvo desvelada largo rato.

Oía el rumor de las olas contra los peñascos y pensaba que su madre nunca, en toda su vida, se había bañado en el mar, ni tampoco había tomado el sol en la playa.

Parecía imposible, pero era cierto.

Y también pensaba que a su madre siempre le habían dado miedo los temporales y el rumor de las marejadas.

Como se avergonzaba de esas debilidades, no pedía ayuda a nadie, pero la intensidad del miedo era directamente proporcional al número de velas que prendía ante la pequeña imagen de Nuestra Señora del Rosario de Pompeya que había en la cómoda.

Ignoro qué es lo que este pensamiento ha suscitado en la mente de Anna Maria, aunque puede que no sea debido a este pensamiento-recuerdo, sino a un sentimiento que la acecha desde hace tiempo.

Lo cierto es que ese lado del corazón que se le había petrificado se estremeció y la hija sintió algo semejante a la ternura por la madre que tenía miedo a las olas y que nunca se había bañado en el mar.

Se durmió tarde, muy tarde.

Tampoco Marcella podía conciliar el sueño anoche, así que en un momento dado salió al balcón pequeño.

Filippo también salió poco después. Se sentó a su lado y le preguntó con

calma:

—¿Qué te pasa?

Marcella se puso a llorar en silencio, y no respondía. No sabía qué decir, cómo explicar lo que sentía.

Quizá se había cansado demasiado en esos días, pensaba Filippo, o quizá el final del verano se sumaba a otro final: el de su relación con mis paredes. Filippo le dijo que sacaría todos los muebles y objetos de la casa y que ella podía llevarse lo que quisiera.

—¿Te imaginas el diploma de la abuela Teresa colgado en el salón de Roma? ¿Y la máquina de coser de tu madre? ¿Y la jarra de cristal que el tío Sigfrido trajo de Venecia? ¿Dónde metemos todo eso?

Pero Marcella no pensaba en eso, no era eso lo que quería decir.

Ella sabe, lo sabe con una certeza inequívoca, que aquí, entre mis paredes, se quedarían demasiadas cosas que ella no puede llevarse: el perfil delicado de Teresa Duarte bordando en el jardín, la voz de Leandro dirigiendo la descarga de las semillas de cereales, los olores del almacén pequeño y los del almacén grande, los gestos de Aurelia en el huerto, el silencio del año de la gripe española, la violencia de los ingleses borrachos que destruyeron la fuente, el recuerdo de Paulino Manau, Juanita y la *querida hermana*^[13].

Por insondables y misteriosos caminos habían penetrado en el alma de Marcella vidas del pasado, y aunque de éstas sabía poco, ese poco se había apoderado de ella y en cierto modo le pedía sobrevivir por su intermedio.

Que ella fuese la memoria de todos: de los que había conocido y de los que habían llegado a ella sólo por medio de las palabras y de los recuerdos de terceros.

Y sabe que si se fuera lejos, de todas formas se quedaría mucha parte de su pasado en mi interior.

Nunca ha sido una mujer capaz de tomar grandes decisiones, y siempre se ha fijado en signos casi triviales para decir sí o no. Pero se ha fiado de esos signos.

No le parece que haya mucha diferencia entre quien decide irse y quien decide quedarse: en un lugar, en una patria, en una vida.

Teresa Duarte decidió, en 1908, cruzar el mar y dejar Argentina. Marcella cree que le conviene más seguir con su vida y con su historia que entrar en otras.

Poco importa que sea por miedo o por valentía.

Al día siguiente reinó entre mis paredes un gran silencio. Filippo habló largo rato con Anna Maria.

Después llamó por teléfono a Vittorio y le dijo:

—Vittorio, lo siento, no vamos a hacer nada. No vendemos la casa.



GIULIA ALBERICO(San Vito Chietino, 1949) reside en Roma. Ha publicado novelas, ensayos y relatos como (premio Arturo Loria 2000), *Il gioco della sorte*, *Come Sheherazade*, *Il vento caldo del garbino*, *Los libros son tímidos* (premio Torre Petrosa 2008) y *Grazia*.

Notas

[1] En ciertas regiones de Italia aún se conserva esta tradición campesina, plagada de símbolos religiosos, mágicos y propiciatorios. (*Todas las notas son del traductor*). <<

[2] En castellano en el original. <<

[3] En castellano en el original. <<

[4] En castellano en el original. <<

[5] En castellano en el original. <<

[6] Título de una canción (*Carita negra*) de propaganda del régimen mussoliniano a favor de la invasión italiana de Abisinia. *Los avanguardisti* eran jóvenes de entre 14 y 18 años encuadrados en las fdas paramilitares del régimen fascista. <<

[7] Soldados de Eritrea y Somalia, que formaban parte de las tropas coloniales italianas. <<

[8] Nombre que recibían los alcaldes de las ciudades italianas en época fascista.

<<

[9] En castellano en el original. <<

[10] En castellano en el original. <<

[11] En castellano en el original. <<

[12] En castellano en el original. <<

[13] En castellano en el original. <<